

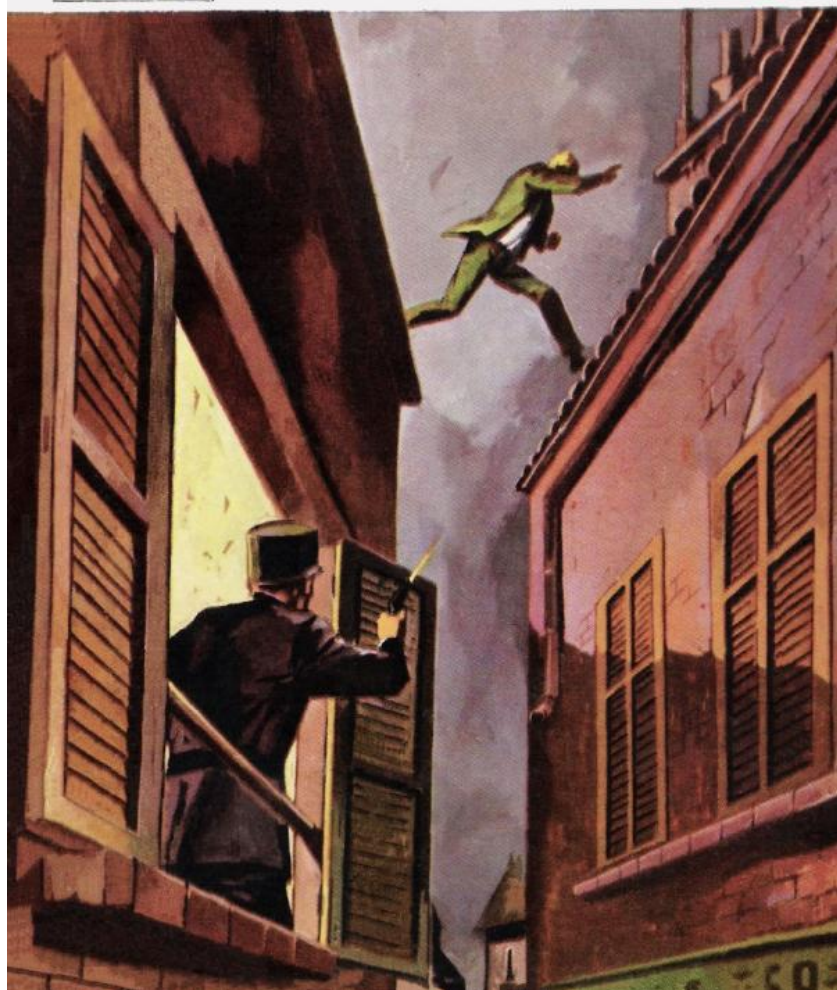
BOLSIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

el hombre del pelo ensortijado

vic logan



SS

SERVICIO SECRETO



MUY PRONTO

**Se hallará a la venta la
nueva serie**

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

VIC LOGAN

**EL
HOMBRE
DEL
PELO
ENSORTIJADO**

**Colección
SERVICIO SECRETO n.º 1.177
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Depósito legal: B. 52.769 - 1972

ISBN 84-02-02513-7

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: febrero, 1973

© **VIC LOGAN - 1973**

texto

© **ENRIQUE MARTIN - 1973**

cubierta

Concedidos derechos
exclusivos a favor de
EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2.
Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera S.**
A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la Imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.163. — Casualidad.

En Colección PUNTO ROJO:

553.— La clave.

En Colección ASES DEL OESTE:

652. — El último en reír.

Er. Colección SALVAJE TEXAS:

574. — Su propio código.

En Colección KANSAS:

761. — Todos contra un hombre solo.

En Colección BRAVO OESTE:

554.— Pareja de damas para el vaquero.

En Colección CALIFORNIA:

798. — En legítima defensa.

En Colección COLORADO:

766. — Los salvajes de Río Grande.

CAPITULO PRIMERO

Georges Apelaire, gendarme de profesión, echó una mirada al cielo mientras cruzaba por delante del callejón sin salida, contiguo al Banco y a unos veinte metros de la gendarmería.

—Hummm — murmuró—. Tendremos lluvia.

El compañero de Georges, con aspecto amodorrado, propio del tiempo pesado y bochornoso de aquel cálido agosto, se encogió de hombros y se limitó a comentar:

—Hará más calor.

Cruzaron la plazoleta en dirección a la gendarmería.

Era sábado, por lo que no podía extrañar ver desiertas las tres calles que convergían en la pequeña plaza de forma ovalada con la vieja fuente en medio.

La media docena de tiendas que la circundaban estaban desiertas. Sólo el viejo y pequeño café tenía abiertas sus puertas, pero estaba tan desierto como las calles.

Los que no estaban de vacaciones habían ido a pasar el fin de semana fuera, y un fin de semana en París en pleno agosto convierte a la capital, incluso a los suburbios, en un inacabable desierto de asfalto y adoquines. Desaparecen los automóviles y con ellos la gente. Sin el calor, capital francesa sería ese oasis de paz que todos sus habitantes tratan de encontrar lejos, pero que dejan en casa porque el silencio a partir del viernes por la noche está en París... o en cualquier otra capital. Pero la gente necesita salir, hacer pocos o muchos kilómetros y encontrar un árbol, una balsa donde poderse remojar, o acaso el mar, aunque esté lejos.

Eso lo saben los amigos de lo ajeno. Una ciudad casi vacía es un

blanco magnífico. Pero ¡cuidado! Allí está la policía. Los agentes que vigilan infatigablemente para la tranquilidad de los ciudadanos. Agentes como el veterano Georges Apelaire, su compañero y todos los que abnegadamente cumplen con su deber para que la sociedad descansen y se divierta tranquila.

Los dos gendarmes estaban ya en el centro de la plazoleta. El compañero de Georges comentó:

— Faltan todavía diez minutos. ¿Nos tomamos una cerveza bien fresquita?

Georges no tuvo tiempo de contestar, aunque la respuesta hubiera sido sin duda negativa. Georges jamás entraba en un bar cuando vestía de uniforme, aun sin estar de servicio. Era una vieja costumbre que no abandonaba.

Sin embargo, el motivo de que no contestara no se debió a su inveterada costumbre.

Fue... un motivo de plomo. Mejor; dos motivos.

Dos estampidos habían sonado en algún lugar muy próximo al que se hallaban los dos servidores de la ley.

Cambiaron una fugaz mirada. Para ellos era fácil adivinar que aquel par de estampidos procedían de un arma de fuego disparada en algún lugar cerrado.

Sus miradas convergieron en el mismo lugar. ¡El Banco!

Sin decir nada echaron a correr. Ninguno de los dos pensó en que todavía les faltaban nueve minutos para entrar en servicio y que en la policía no se cobran horas extraordinarias.

Otros dos compañeros que acababan de asomar por la Traería del cuartelillo también habían oído los disparos y al ver correr a los otros les siguieron.

—¡Avisa al inspector! Creo que ha sido en el Banco...

No había vuelto a oírse ningún otro tiro. La calma se había restablecido y cuando Georges y su compañero llegaron junto a la puerta corredera enrejada que permitía ver la entrada, protegida con otra puerta de cristal opaco translúcido, no pudieron escuchar ningún ruido que les infundiese sospechas.

—Estoy seguro de que los disparos han salido de aquí — dijo Georges, y en seguida añadió—: Quédate. Voy al callejón.

El inspector Lebonnet llegaba corriendo.

—¿Qué sucede?

—Dos disparos. Han partido de aquí.

Georges corrió hacia el callejón en cuya lateral correspondiente al Banco había una puerta perfectamente cerrada; era una salida de emergencia de la propia entidad.

La puerta estaba cerrada y Georges la aporreó.

—¡Abran! ¡Abran! — llamó, pero no obtuvo respuesta alguna.

Georges miró en tomo suyo y se detuvo en la tapia que cortaba el callejón. Allí había un pequeño terrado propiedad del Banco, luego aunque Georges no pudiera verlo, sabía que había un vacío hasta otro terrado correspondiente a un almacén cuya entrada se efectuaba por otra calle.

A continuación estaba el tercer terrado, que pertenecía a la gendarmería, cerrando la forma oval de la plaza por el único sitio donde no cruzaba calle alguna.

Georges conocía bien todo aquello. Había dado buenas y largas rondas por todos los alrededores, por ello se le ocurrió que si el que había disparado era un ladrón podía haber salido por el terrado. ¡Sil Y trataría de saltar.

Georges también conocía muy bien la disposición interior del Banco y en más de una ocasión había dicho que si un especialista en robos estudiara la configuración del lugar, vería una gran oportunidad para sus fines.

¿Para qué diablos necesitaba la sucursal bancaria de aquel terradito? Y si no la necesitaba, ¿por qué no se tapiaban las puertas? Esto lo había comentado muchas veces hablando con sus compañeros de lo descuidada que es mucha gente, pero jamás en veinte años que llevaba en el distrito había ocurrido nada.

Mientras recordaba sus propias palabras salió como una exhalación del callejón. Sobrepasaba la cincuentena de años, pero era ágil y vigoroso.

— ¡Georges! ¿Ha visto algo? — inquirió el inspector Lebonnet.

Georges no contestó. Enfilaba ya la calle para dar la vuelta a la manzana.

Los otros le siguieron como si hubiesen intuido la posibilidad de atrapar al ladrón.

Pero ¿era un ladrón?

Se suponía que en el Banco no había nadie. De ser así, pues... ¿Quién diablos había disparado?

Georges llegó jadeante al otro lado del edificio. Había recorrido cerca de trescientos metros con toda la fuerza que le permitieron sus pulmones.

Entonces vio la silueta del hombre. ¡No se había equivocado!

El ladrón intentaba saltar por los tejados. No era peligroso porque la altura era de un solo piso.

Corrió por el descampado junto al almacén y gritó al fugitivo:

—¡Alto! ¡Alto! ¡Deténgase!

El fugitivo llegó al borde del terrado del Banco y se dispuso a saltar al del almacén.

—¡Deténgase!—volvió a gritar Georges.

El hombre intentó saltar, pero debió calcular mal la distancia. Tal vez los nervios le traicionaron. Cayó, lanzando un grito.

Cuando Georges llegó junto a él, habían llegado también varios de sus compañeros y el inspector Lebonnet.

Georges estaba inclinado sobre el fugitivo, que permanecía inmóvil en el suelo.

A pesar del dolor que le producía la pierna que acababa de romperse sonreía.

—¡Yo conozco a ese tipo! — exclamó uno de los gendarmes.

Georges Apelaire también le conocía.

—Claro. Es Jules... Un ordenanza del Banco... ¡Jules! ¿Qué demonios estabas haciendo en el Banco a estas horas? ¿Por qué huías?

Jules, con sus cuarenta años bien llevados y su aspecto campechano, casi bobalicón, acentuó su sonrisa.

Los agentes miraron en derredor. No había nada junto a él. Si había tratado de robar algo, o lo había hecho, tenía que llevarlo encima...

—¿Por qué entraste en el Banco, Jules? — insistió Georges.

—¿Por qué no se preocupan primero de mi pierna? Me la he roto y la condenada duele que es un contento...

—¡Llamen a una ambulancia! — ordenó el inspector.

—Sí, sí — corroboró Georges—. Pero entretanto y puesto que no se ha quedado mudo, quiero que me diga por qué no se detuvo cuando le di el alto.

Tras un silencio el ordenanza murmuró:

—Creo que han robado en el Banco... Yo no, desde luego... Si

creen que han cazado al ladrón, se equivocan de medio a medio. Yo le perseguía...

—No he visto a nadie más que a ti, Jules — aclaró el gendarme Georges Apelaire.

—Usted no podía verle, pero yo sí... Entren... Entren en el Banco. Entren. ¡Dios mío! No creí que estas cosas pudieran suceder. Es... Es espantoso.

Y Jules, el ordenanza, ya no dijo nada más.

CAPITULO II

La puerta del terrado del Banco estaba abierta. Por ella los policías pudieran descender hasta la planta baja donde igualmente encontraron abierta la otra puerta y pasaron al interior.

Fue en el despacho del director de la sucursal donde se había desarrollado el drama.

El director, a quien todos conocían bien, estaba tendido en el suelo sobre un charco de sangre.

Estaba muerto. Dos orificios de bala habían taladrado su pecho a la altura del corazón.

Sobre la mesa generalmente ordenada se veían papeles. Algunos cajones habían sido abiertos y revueltos. Un libro de contabilidad se hallaba abierto, como si alguien hubiese estado trabajando en él.

Luego en la habitación contigua se hallaba la caja fuerte de la sucursal. Estaba abierta. Y no había dinero, una simple ojeada bastaba para comprobar que sólo habían dejado documentos sin valor para un ladrón.

—¿Que había ocurrido allí?

El inspector Lebonnet se encargó en principio del asunto. La única clave para llegar hasta la verdad era el ordenanza Jules.

Jules había sido llevado al hospital para que le enyesaran la pierna que se había roto al caer.

El inspector pidió a Georges que le acompañara en el interrogatorio.

—¿Usted le conoce verdad? —inquirió Lebonnet.

—Si se refiere conocerle a fondo pues no... Hemos hablado varias veces... Son veinte años que llevo en el distrito, inspector.

Conozco de vista a toda la gente... Pero ¿cuándo se conoce realmente a una persona?

—Déjese de filosofías, Georges. Usted pareció sospechar de ese individuo, ¿no? ¿Qué puede decirme de él? Es todo lo que necesito saber por el momento.

—Bueno, hemos hablado algunas veces. Creo que en alguna ocasión me dijo que vivía solo. Es soltero. Tiene un piso en St. Germain y emplea una hora para ir al trabajo. Yo nunca he estado en su piso... Un día nos encontramos en Pigalle. Yo tenía fiesta y mucha sed. Estuvimos bebiendo un par de cervezas. Fue la vez que hablamos más.

—¿Se ha formado alguna opinión de él?

—Pues... ¿Qué quiere que le diga? No sé... Es una persona corriente aunque viva solo. Un tipo con costumbres rutinarias. Lamento no poderle decir más.

—Yo soy nuevo aquí, Georges. Para mí ese individuo es un desconocido. ¿Lo comprende, verdad?

—Me gustaría poderle decir más cosas, inspector — repuso el gendarme —, pero no sé...

—¿Diría usted que Jules... Jules qué más?

—Jules Dassin.

—Diría pues que es un tipo... ¿ambicioso en el peor sentido de la palabra?

—¡ Hummm! Alguien dijo que la ambición era algo que se llevaba muy adentro y que quien la lleva, procura no dejar que aflorara a la superficie... A algunos se les nota. Jules podía ser de los que no.

—¿ Cree que ha podido intentar el robo?

—Pues... Veamos... — Georges pensó largamente mientras el inspector Lebonnet conducía el automóvil que les acercaba al hospital donde el ordenanza había sido ingresado.

Por fin tras meditar sus palabras Georges se decidió a hablar.

—Seguramente usted piensa lo mismo que yo... Jules decide aprovechar el fin de semana para robar el Banco, pero se encuentra con el director que le sorprende y dispara contra él. Luego se asusta y huye...

—No vaya tan aprisa, Georges. No olvide que no hemos encontrado ningún dinero encima de Jules... Tampoco se ha

probado todavía que la pistola utilizada le pertenezca.

—En eso mismo estaba pensando yo — sonrió Georges.

—Pero admite que Jules Dassin se hallaba en el Banco para robar.

—Mire... Puestas las cosas sólo en hipótesis... sí. No tengo nada contra Jules Dassin pero yo no vi al hombre que él dijo perseguir. Allí no había nadie más que él. Si mintió en eso...

—Si mintió en eso... tuvo que esconder el dinero. ¿Cuánto tiempo transcurrió desde que usted oyó los disparos hasta que le vio correr por el terrado?

—Pues... Cerca de cinco minutos. Se puede reconstruir todo lo que hice... Sí... Cinco minutos.

— Es bastante tiempo. ¿No cree?

—Si no se aturulla uno sí... Pero no sé... Hay algo confuso en todo esto...

—Bueno, dejemos de divagar, Georges. Ahí está el hospital. Que sea Jules Dassin quien nos dé su versión. Usted estará a mi lado. Quiero que le observe, que trate de adivinar si responde con normalidad, Puesto que ha hablado otras veces con él le será más fácil advertir si miente.

Lo intentaré, inspector, pero no confíe demasiado.

Yo no soy un sicólogo.

—Pero tiene muchas horas de vuelo, Georges. Sé que es usted uno de los mejores agentes. Ya estamos.

Y el inspector Lebonnet aparcó el coche frente al hospital.

Cinco minutos después estaban en presencia del ordenanza, que descansaba en una cama, con una pierna colgando sujeta al andamiaje elemental que se usa para los casos de rotura de fémur.

Jules parecía muy tranquilo.

Perdonen que no me levante. Ya ven... Este año ya no tendré que preocuparme de pensar en dónde pasar las vacaciones... Iba a empezarlas el próximo fin de semana. 30 días. Ahora me van a dar diez más... y tal vez algunos oíros de propina... Sólo me faltaba esto. ¡Pero qué le vamos a hacer!

— He venido a interrogarle Dassin —cortó el inspector Lebonnet. Y se presentó a sí mismo, añadiendo—: Ya conoce a Georges Apelaire.

Sí... De por lo menos hace... diez años. Los mismos que llevo en

la sucursal del Banco. ¡Oh, Georges! ¿En serio pudiste creer que yo había entrado a robar?

—Yo te vi correr, Jules — repuso el gendarme —. Y no vi a nadie más.

—Hablas como si no nos conociésemos de nada... ¡Diez años, Georges...! ¡Hummm! Bueno, alguien dijo alguna vez que quien tiene un amigo policía sólo tiene medio amigo. Pregunte inspector. Comprendo que tengan que cumplir con su deber...

—Hable usted primero — dijo Lebonnet —. ¿Qué ocurrió en el Banco? ¿Por qué estaba usted allí?

—Todo esto es muy fácil de explicar, señores — repuso el herido.

Tras una pausa contó su versión.

—El lunes les será fácil comprobar preguntando a los compañeros del Banco, que nuestro director, el señor Marchal, estaba preocupado por algunas pequeñas anomalías en la contabilidad. Algo no cuadraba, y ya saben que en los Bancos esto es muy importante... Así que el señor Marchal escogió este fin de semana para examinar personalmente los libros y me pidió que viniera. Sus palabras fueron exactamente: «Si no tiene algo que hacer, Jules, quisiera que a eso de las tres se pasara usted por el Banco...» Añadió que yo no tenía ninguna obligación de hacerlo, pero dejó entrever que tenía muy avanzadas las Gestiones para que me concedieran un aumento que yo le tenía pedido desde hace tiempo, porque aunque viva solo también tengo mis pequeños gastos, y ya se sabe lo cara que resulta la vida hoy en día...

Bien, siga, siga — cortó Lebonnet, dando a entender que se ciñera al caso.

Jules continuó:

Pues bien, cuando un jefe pide algo por favor es mejor hacerlo, y yo así lo hice... Llegué más o menos sobre las cuatro.

Georges cambió una mirada con el inspector como indicando que quería decir algo.

Lebonnet con un gesto afirmativo le cedió la palabra.

—Un momento, Jules. ¿Te vio alguien?

—¿Si me vio alguien?

—Si te vio alguien entrar en el Banco —recalcó Georges.

¡Por Dios. Georges! Ya empiezas otra vez con las sospechas.

—Conteste, por favor —adujo Lebonnet.

Si se refieren a si me vio alguien de la policía, pues no. No había nadie en la puerta del cuartelillo cuando llegué, y si lo había, no me fijé en él.

¿por dónde entró? —preguntó Lebonnet.

—Por la puerta del callejón, naturalmente. Me abrió el mismo director. El ya había llegado. Y no me pregunten cuándo llegó porque esto no lo sé.

—Bien, bien... Siga —pidió el inspector—. Dijo que eran sobre las cuatro de la tarde...

—Más o menos.

—¿Y qué estuvo haciendo hasta entonces?— preguntó nuevamente Lebonnet.

Pues nada. Me dijo que me quedara por ahí por si me necesitaba. Luego me pidió que le ayudara para cotejar unas cantidades que él mismo había sumado con la sumadora. Después de esto me invitó a fumar y me dijo que descansara, pero que no me fuera todavía. Supongo que entonces serían ya más de las seis. Fue cuando entró el individuo. Yo estaba leyendo una novela. Siempre guardo dos o tres en mi mesa... No oí nada hasta los disparos.

Y al llegar aquí, el ordenanza explicó con detalle:

—Fueron dos, casi seguidos. Al principio no supe exactamente lo que ocurría. No sé el tiempo que tardé en reaccionar. Sentí miedo, ésta es la verdad. Luego corrí hacia el despacho del director y al abrir la puerta vi al hombre. Fue sólo un momento. Tenía una pistola en la mano. Entonces sí que me asusté de veras. Eché a correr. Seguramente me buscó, pero afortunadamente para mí no pudo encontrarme y es posible que en aquellos momentos pensara más en huir que en dar conmigo. Bueno... Le vi salir y corrí de nuevo al despacho del señor Marchal. Le vi muerto y... ¡No sé por qué diablos decidí seguir al ladrón!

—Un momento, un momento — cortó el inspector—. ¿Cómo sabía que era un ladrón?

—Bueno... El director tenía que hacer arqueos. Debí abrir la caja cuando yo no estaba... Cuando le vi en el suelo con la sangre y todo, pensé que había sido un robo y corrí a la habitación de al lado. Vi que no había dinero en la caja y oí un golpe en una puerta. Fue el viento y la puerta era la del terrado. Entonces me olvidé del miedo,

aunque ahora pienso que si corrí es porque en aquellos momentos tenía necesidad de salir de allí.

—¿Cómo era ese hombre que vio? ¿Le reconocería? — inquirió el inspector.

—Pues no lo sé... Fue sólo un momento... Y el despacho estaba en la penumbra. El señor Marchal había estado trabajando con la ventana cerrada. Utilizaba la lámpara de sobremesa. Creo que había sido derribada... .No se... Es todo muy confuso. Me pilló por sorpresa.

—De acuerdo... La lámpara estaba derribada. Eso es cierto — dijo el inspector—, Pero el hombre...

—El hombre salió del otro cuarto al oír que yo gritaba llamando al señor Marchal. Apareció en el umbral de la puerta y lo que más me llamó la atención fue la pistola...

—¿Nada más?

—Pues... Creo que era bastante alto.

¿ Pudo apreciar si era joven o viejo?

—Más bien joven diría yo... ¡Oh, sí! Y tenía el pelo ensortijado... En ese detalle sí que me fijé...

—Pelo ensortijado... Alto —y el inspector cambió una mirada con Georges.

Bueno... El detalle del pelo es intrascendente... El caso es que fastidian los melenudos... Este no lo era pero llevaba bastante pelo... Muy rizado. ¿Comprenden?

—¿ Cómo vestía?

—Pues no sé... ¡Esperen! Negro. Sí... Todo negro. Seguramente llevaría pantalón y camisa... Tenía una cartera en la otra mano.

—¿Cómo era la cartera?

Esto ya no puedo precisarlo... En un segundo pueden verse muchas cosas, pero lo difícil es retenerlas en la memoria.

Tras un silencio intervino Georges después de pedir permiso con la mirada a su superior.

—Jules... Si tenías tanto miedo... ¿Por qué seguiste a aquel tipo? Sabías que el puesto de policía está a poco más de veinte metros... ¿Qué te costaba salir a la puerta y gritar? Le hubiésemos atrapado.

—Para ti esto debe ser muy fácil, Georges — sonrió

Jules. Se supone que un policía no debe perder nunca la serenidad, pero en aquellos momentos pasaron tantas cosas por mi

imaginación que... la verdad, nunca había pensado tanto en tan poco rato. Primero en la muerte. Un asesino con un revólver y yo a su merced... Luego cuando vi al director muerto en su despacho... Pensé incluso en mi responsabilidad. Me odié por mi propia cobardía... Reaccioné tardíamente, porque ya me llevaba alguna ventaja... Por eso tú no le viste, Georges. En fin... Puede seguir preguntando, inspector. Sé que ahora ya no me dejarán en paz hasta que encuentren a ese hombre... Y ojalá lo encuentren pronto.

Las palabras de Jules parecían sinceras.

Claro que aquello era sólo el principio de la investigación y quedaban un montón de cosas por comprobar.

Lebonnet, sin embargo, consideró que de momento no tenía más preguntas que hacer a Jules y dio el interrogatorio por terminado.

CAPITULO III

Para la máquina policial no existen vacaciones, por ello a la mañana siguiente, domingo, el inspector Lebonnet ya disponía de unos cuantos datos más.

Una dilatada inspección en el lugar del suceso dio un resultado concreto, que unido a todo lo que logró conseguir a lo largo del día, le permitió a la hora del café exponer su teoría al comisario Legrain.

En casa del superior de Lebonnet, el inspector expuso:

—Primero tenemos el testimonio del único empleado que no había salido este fin de semana, que ha corroborado lo dicho por Jules Dassin en el sentido de que el señor Marchal pensaba pasar la tarde del sábado buscando unas diferencias en los libros de contabilidad. Jules por tanto no mintió en esto. Sin embargo, por el momento, lo que no sabemos es si el señor Marchal dijo al ordenanza que fuera al Banco, tal como él afirma.

Tras otro sorbo de café, el inspector prosiguió:

—Pasemos al arma. Marchal tenía un revólver, pero estaba en su casa. La pistola utilizada por el asesino fue encontrada en el descampado, junto al almacén, entre el cuartelillo de la gendarmería y el Banco. No había nada más. Lo que descarta que Jules pudiera huir con el dinero en lo que forzosamente había tenido que emplear como mínimo una cartera de mano que hubiese perdido con la caída...

—Entonces... — interrumpió el superior de Lebonnet — ¿no admite que Jules Dassin pretendiera huir?

—De ser así habríamos encontrado el dinero, supongamos que el ordenanza fuese sorprendido por el director del Banco y que

disparara.

—No podía sorprenderle, puesto que Dassin sabía que el señor Marchal estaría allí la tarde de ayer.

—Pudo haber ido con un plan previsto. Incluso pensando en matarle. Matar parece fácil, pero no todo el inundo soporta la visión de la muerte provocada por uno mismo. Ya me entiende...

Sí, matar parece fácil, pero no lo es en realidad...

—En tal caso el ordenanza pudo coger miedo y abandonar el botín. Esconderlo.

—A eso iba, señor —repuso el inspector—. La verdad es que hemos registrado el Banco palmo a palmo...

Allí no había ningún dinero.

—Entonces cree usted en la existencia de ese sujeto que le describió el ordenanza... El hombre del pelo ensortijado.

—Pues he estado revisando algunos ficheros. Hay un par de individuos que responden más o menos a la somera descripción que hizo Dassin del individuo que dijo haber visto.

—¿Quiénes son?

Uno es poco conocido. Un solo delito. Cumplió cuatro años en La Santé por robo. Se llama Lamar. El otro es un viejo conocido. Anastas.

¡Oh, sí! Anastas. Sé quién es. Pero nunca se ha dedicado a los Bancos.

—Todo cambia. He hecho que le vigilen. Según parece, sigue sin medios de vida conocidos aunque últimamente no se ha metido en ningún lío. Y si se ha metido, ha sabido disimularlo bien.

—Volvamos al Banco. ¿Qué más han descubierto?

—La rotura del cerrojo por medio de una palanqueta en la puerta del terrado. La de abajo bastaba romper el cristal para abrirla.

—Cómo pueden ser tan descuidados en un Banco? Romper un cerrojo con una palanqueta y... ¡Cielos!

—Bueno, tampoco es tan fácil —sonrió el inspector—.

Puede serlo entrar... Pero si no hubiese estado abierta la caja fuerte, de nada le habría servido al ladrón.

—No la he visto personalmente.

—Una «Growland» último modelo. Un experto habría necesitado todo un día para abrirla, a menos que entrara para robar un par de

máquinas de calcular — bromeó el inspector.

Sin embargo, le fue muy fácil. La encontró abierta... Como si lo supiera.

—Sí. En efecto.

—Lebonnet, averigüe cuanto pueda, pero no pierda de vista a Tules Dasin. En cuanto salga del hospital quiero que vigilen a este hombre incluso cuando duerme... si es que por entonces no se ha hallado otra pista.

—Georges Apelaire está en el hospital con las fotos de Anastas y de Lamar, por si el ordenanza logra identificar a uno de ellos.

—¿Qué más?

—Tenemos otra pista...

—Bueno, hámbleme de ella.

—Un tal Stephane Larin. Ex empleado del Banco. Fue despedido hace cosa de seis meses.

Interesante. ¿ Por qué le despidieron?

—Esto no está del todo claro. Parece que tuvo ciertos roces con el señor Marchal.

—¿ Con la víctima?

—Sí. Discutieron. Lo aclararé mañana, cuando pueda hablar con los demás empleados.

—Ya me pondrá el corriente. ¿Dónde vive este Larin?

—En la rue de Jean Marsac, pero no está en casa. La portera me ha dicho que suele irse todos los fines de semana. No es extraño. Mañana le veré también. Ahora no puedo hacer otra cosa que esperar. A menos que Jules Dassin haya identificado a alguno de los de las fotografías.

—¿ Ha pedido algún informe de ese Larin?

—Sí, señor. No está fichado. Lo único que sé por el momento es lo que me ha dicho la portera.

Y en seguida añadió:

—Tiene unos treinta años. Es atractivo. Suele recibir cartas de chicas... La portera dice que supone que son Je chicas porque vienen perfumadas.

—Creí que esto ya no se estilaba — comentó el comisario Legrain.

Lebonnet sonrió y añadió:

La portera me dijo también que ignora el trabajo que hace, pero

que no sale a una «hora normal» unía acudir a un «trabajo normal». Bueno, le hice puntualizar y me contestó que raras veces sale antes de las once de casa, e incluso más tarde.

O sea, que vive como un potentado... en cuanto a horarios. Bien, Lebonnet, vigile a ese tipo también.

—Sí, señor. He puesto a un hombre de guardia para que me informe de su llegada.

—¡Qué despilfarro!

—No me fiaba demasiado de la portera. Es una solterona y cuando habla de Larin pone los ojos en blanco. Debe ser un tipo muy... especial.

CAPITULO IV

No. No resultaba nada extraño que algunas mujeres suspiraran al ver pasar a Stephane Larin.

Incluso para las que se teñían las canas, Stephane era lo que algunas habían dado en llamar «un bocado apetitoso».

Alto, atlético, bien cultivado físicamente, parecía la estampa exacta de los tipos que suelen describirse en las! novelas. Un hombre fuera de serie. Varonil cien por cien bien proporcionado con sus anchas espaldas, musculoso, pero no en demasía y una sonrisa entre cínica y displicente, pero en ningún caso insultante.

Ahora aprovechando los últimos rayos del sol de la tarde estaba tumbado en la arena, rodeado por media docena de muchachas a cual más hermosa.

Dos gogo-girls, una estrella de la publicidad, otra damisela de las de «papá rico» y unas mellizas hijas de la Gran Bretaña, que lo devoraban con la mirada.

El lugar de la escena era la costa Azul, naturalmente. Niza.

— Dijiste que vendrías el viernes — estaba diciendo una de las gogos.

— ¡Qué más hubiese querido! — sonrió él —. Cuando estoy sin vosotras me falta algo.

— Eres más falso que un billete de dos francos — murmuró la estrella publicitaria.

— ¿Por qué? Me encanta vuestra compañía. Formamos una buena pandilla. ¿No? Y lo que siento es que el verano se termina. En septiembre ya...

— ¡ Por qué no viniste el viernes! — inquirió ahora una de las

inglesas.

—Ya os lo dije, tenía trabajo... Pero no lo digáis a nadie, ¿eh? Si os preguntan, yo he estado siempre con vosotras... Desde ayer por la mañana, exactamente.

—Esto no es verdad — repuso una de las gogos —. Has llegado a mediodía.

—Pero esto es algo que no importa a nadie. ¡Los negocios! Me conviene que todo el mundo sepa que he estado aquí, en Niza. Pero dejemos de lamentarnos... He hecho muchos kilómetros desde París para veros. Y esta noche vamos a cenar todos juntos. Una buena cena...

—¿Has atracado un Banco? — sonrió una de las mellizas.

—Pues algo por el estilo. Ya lo leeréis en los periódicos... Vosotras sois mi coartada — y guiñó un ojo.

Luego hubo sesión de baños, risas, correrías por la fina arena de la playa, y al final la ducha para vestirse y continuar la diversión cuando los luminosos de la bahía lanzaban sus primeros guiños y las luces de las terrazas de los hoteles comenzaban a encenderse para dar realce al portentoso paseo.

Chantal, la estrella de la publicidad, cuyo rostro y cuerpo podía admirarse en numerosas revistas, atajó a Stephane cuando salía de la cabina tras haberse duchado y vestido.

Con la tez tostada por el sol, la blanca camisa le ciaba un magnífico contraste. Sí, era ciertamente un bello ejemplar del sexo masculino. Chamal quedó unos instantes como embobada mirándole. Luego reaccionó mientras el sonreía abiertamente.

—¿ Estás pagado de ti mismo, eh? Sabes que son muchas las chicas a las que puedes atraer con tu sonrisa.

Había un deje de reproche en el tono de voz de ¡a muchacha, pero el hombre no pareció acusarlo.

—¿Por qué me dices todo esto?

—Te dije que eras más falso que un billete de dos francos... Y lo mantengo.

Por favor, Chantal no des tantos rodeos cuando quieras decir algo. Vamos, suéltalo. Te escucho.

—A mí no me importa que tontees con todas... Tú eres libre y yo también... Pero quedamos en algo, ¿no?

—¿De veras?

—Eres un cínico.

—He hecho un largo viaje para pasar unas horas aquí. Lo siento, Chantal. No olvidé nuestra cita del viernes, pero no pude venir. ¿Está claro?

—¿Te quedaste en París con tu ex-novia? Lo sé. Te vieron...

La expresión del joven cambió por completo. Ya no sonreía. Sus facciones se endurecieron y su mirada se hizo tanto o más agresiva que su voz cuando replicó:

—Lo que yo haga y dónde yo vaya es algo que no importa a nadie. Esto quede bien claro. Creí que lo habías comprendido. Entre tú y yo no hay nada. ¿De acuerdo?

Si prometo y no puedo cumplir, te aguantas, y si no, dejarme en paz. Desde el primer momento impuse como condición la más absoluta libertad para ambos... Yo no te pregunto con quién pasas las horas ni si te hacen el amor los fotógrafos para quienes posas.

—¡Eres un...!

Sin poderse contener, Chantal le propinó un bofetón que hizo recobrar la sonrisa a Stephane.

La violencia quedó cortada con la presencia de las mellizas.

—¡Stephane! ¡Te estamos esperando!

—¡Claro, muñecas! Ahora vamos a divertirnos... Chantal no quiso formar parte del grupo. Dio rápidamente la vuelta y se alejó.

—¿Qué le pasa a Chantal? —inquirió una de las mellizas.

La gogo Margot lo comprendió al verla pasar altiva y erguida por su lado sin siquiera decirle nada.

—¡Hummm...! Esa ya sé lo que tiene — comentó.

Luego cenaron juntos, sin Chantal. Stephane daba la sensación de nadar en abundancia dineraria.

Las gogo volvieron a su trabajo junto con el resto de la pandilla.

Stephane contentó a todas bailando aquella música que parecía escrita por un profano. Todo ritmo frenético ambientado por un obsesante cambio de luces.

Stephane cambiaba constantemente de pareja sin perder el ritmo. Era incansable, sonreía siempre... Luego juntos bebían. El dinero salía constantemente de los bolsines del hombre, que además daba buenas propinas a los camareros, que ya le conocían de otras veces.

—Buenas tardes, señor Larin... ¿Ayer no estuvo aquí, verdad?

—Bueno. Esta no es la única «boîte», ¿eh, Marcel?

—¡Oh, claro, claro! —sonrió el joven camarero, aceptando con dignidad profesional el billete de diez francos que le tendió Stephane.

Y continuó la tiesta.

Chantal en aquellos momentos, presa de una de sus rabietas, trató de calmarse con una ducha fría. Luego se enrolló una toalla a la cintura y se tumbó sobre la cama del hotel.

Fue casualidad que sus ojos dieran con el periódico que todas las mañanas los servidores del hotel dejaban en las habitaciones de los clientes.

Fue casual que en un recuadro al final de la página pudiera leer:

«ROBO EN LA SUCURSAL DEL BANCO DE GRENOBLE»

El nombre del Banco le sonaba a Chantal. Sabía que en una de las sucursales de París había trabajado Stephane y por eso tomó el periódico. La información venía en las páginas interiores.

«El director de la sucursal, asesinado por el desconocido ladrón».
Y Chantal se levó toda la información del enigmático robo.

CAPITULO V

El lunes por la mañana Stephane Larin no había regresado todavía a su domicilio.

Lebonnet pasó toda la mañana interrogando a los empleados del Banco. La mayoría no habían leído los periódicos y mostraron la natural sorpresa por lo ocurrido.

El inspector tomó nota de todas las declaraciones para su posterior comprobación, pero de lo que en principio no parecía existir duda alguna era que los siete empleados de la sucursal parecían decir la verdad al afirmar que habían estado ausentes. El octavo a quien el inspector ya había localizado el domingo anterior y que le dio como posible pista el nombre de Stephane Larin, estaba con los demás.

Al mencionar el nombre de Larin, el subdirector pidió hablar a solas con el policía, y así Lebonnet pudo saber las causas que motivaron su despido.

— No era un mal empleado. Es más, personalmente le consideraba bastante inteligente, capaz de prosperar y de llegar muy arriba en la banca, pero trabajaba con cierto desdén... Era descuidado por pereza, como si trabajara a disgusto. Sus ex compañeros pueden confirmar cuanto le digo. El siempre solía decirles que no duraría mucho en el Banco. Conservaba el empleo en espera de que le surgiera algo mejor. Bueno, creo que me comprenderá más bien si le digo que era el clásico joven de hoy... Los que quieren ganar mucho y trabajar poco. Tener siempre los bolsillos llenos para no privarse de nada. Su error sin embargo, fue el de fijarse en la hija del señor Marchal

—¡Ah!

—La cosa parecía bastante clara. Esperaba que camelandando a la hija, se ganaría un puesto mejor, pero en cosas de trabajo el señor Marchal era inflexible.

—¿Pasó algo con la hija del señor Marchal?

—Bueno, yo no le puedo contar toda la historia porque no la sé, pero Stephane llegó a faltar del trabajo. Se iba con ella a todas partes y pedía anticipos constantemente. Esto tenía que terminar mal y así fue. Stephane no pareció sentir tanto la pérdida del empleo como quedarse sin Larisse,

—¿Larisse?

—Laura Marchal... La llamo Larisse porque la conozco desde hace muchos años. Conozco a toda la familia. Son una buena gente. Precisamente quería pedirle a usted, inspector, que si no me necesita, me permitiese ir a ver a la señora Marchal. La pobre Irenne debe estar deshecha.

—Lo comprendo. Puede usted ir... Yo le seguiré en mi coche. Tendré que hacer algunas preguntas a la familia respecto a ese Larin.

—¿Precisamente ahora, señor? —inquirió el subdirector.

—No tengo más remedio. Ha dicho usted que había seiscientos mil francos en la caja, ¿no?

—Seiscientos doce mil —puntualizó el subdirector.

—¡Tanto dinero! Creí que lo trasladaban a la central.

—Se hace algunas veces... Pero desde que tenemos la nueva caja, la dirección creyó que ya existía garantía suficiente. Por otra parte, tenga en cuenta que el viernes a última hora se registraron unos ingresos especiales. Ocurre cada vez que la empresa Canyon efectúa sus depósitos. No tienen una fecha determinada...

—Esto es interesante.

—¿Por qué?

—Pues... Bueno, por nada —repuso el inspector, mostrándose reservado, ya que por otra parte, no tenía por qué compartir sus sospechas profesionales con el subdirector.

Poco después, Lebonnet siguió con su automóvil a Pierre Lloget.

Pierre Lloget era el subdirector de la sucursal que había obtenido el permiso para visitar a la familia Marchal.

Irenne Marchal con su esplendorosa y serena belleza, recibió a

Pierre, quien a su vez le presentó al inspector.

Con sus cuarenta y tantos años perfectamente disimulados, la viuda introdujo al inspector al gabinete y murmuró:

—Ignoro qué clase de información puedo darle yo... ¡Dios mío! Mi marido era el mejor de los hombres. Procuraba que nunca nos faltase nada... Se afanaba por el bienestar de todos... Y nos quería... Nos quería con locura.

Su voz se quebró patéticamente. El recuerdo del ser amado perdido para siempre hizo tambalear su singular serenidad. Pero se repuso en seguida.

—Dispense — se disculpó.

—¡ Oh! Comprendo su situación, señora, y su estado de ánimo. Pero yo tengo que cumplir con mi deber... para hallar al culpable. Es también muy penoso para mí tenerle que hacer preguntas en estas circunstancias.

—Hágalas, por favor — pidió ella con la cabeza alta, pero mirando hacia el suelo, como si la visión de extraños que remacharan el clavo de su dolor le resultara insoportable.

No obstante, se mantuvo cortés y precisa en sus respuestas.

Lo que a Lebonnet le interesaba era saber lo más posible de aquel individuo llamado Stephane Larin.

En seguida notó que el tema desagradaba a la dama, pero aun así ella contestó:

—No puedo decirle mucho. Era un muchacho correcto y mi hija parecía muy a gusto con él. Pero Larisse es joven. Yo pensé que si el muchacho no le convenía ella sabría darse cuenta a tiempo...

—O sea que usted no estaba en desacuerdo con las relaciones entre Stephane Larin y su hija.

—Procuraba no meterme... A la juventud no hay que andarle con prohibiciones tajantes. Al menos yo lo entiendo así... ¿Tiene usted hijos, señor Lebonnet?

—Un hijo... Ya comienzo a tener problemas. No le ha dado todavía por dejarse la melena, pero no siempre va con las compañías que yo desearía... Sí, tiene razón. La juventud es un problema. Quizá la herencia que les hemos dejado tiene la culpa... Bien, ciñámonos al asunto si no le molesta.

—Yo dije a mi marido que diera tiempo al tiempo...

Pero no quiso escucharme. Fue la primera vez que tuvimos

algunas palabras. Se mostró intransigente con Stephane. En este aspecto se mostró tal vez... anticuado, pero aseguró siempre que conocía bien a esa clase de jóvenes y que sólo podría traer disgustos a nuestra hija y a todos.

Lebonnet miró en derredor. El gabinete era un lugar acogedor, moderno, lujoso. Ya había advertido el mismo confort y buen gusto desde que entró en la casa.

—¿Y su hija qué tal tomó la decisión de su marido, señora Marchal? — preguntó el policía.

—Bueno. Ella siempre decía que quería escoger a sus propios amigos y que no había nada serio entre ella y Stephane. Continuaron viéndose. Luego sé que discutieron por algo... Fue poco antes de que mi marido expedientara a Stephane para que le echaran del Banco. Aunque mi esposo no me dijo nada, sé que discutieron fuerte y que Stephane profirió amenazas.

—¿Contra su marido?

La señora Marchal asintió.

—Me gustaría hablar con su hija — repuso el policía, volviendo a mirar en torno.

—Nosotros no somos ricos, señor Lebonnet — terció la mujer al levantarse—. Vivirnos bien porque mi marido gana... ¡Oh! Ganaba un buen sueldo y realizaba oíros trabajos especiales para el Banco, que aumentaban sus ingresos.

—No le he preguntado por su posición, señora Marchal.

—Se lo digo porque Stephane podía pensar que nosotros teníamos dinero Y nuestra hija por tanto, era un buen partido. Es lo que creía mi marido.

Acompañó al inspector hasta la puerta. La abrió y desde el umbral llamó a su hija.

—Si quiere hablar con ella, aquí mismo puede hacerlo.

El policía asintió y a una seña de su madre, Larisse se acercó hacia ellos.

—Hablaré a solas con ella — murmuró Lebonnet, viendo cómo la muchacha, muy joven aún, pero con una fuerte personalidad, parecía ponerse en guardia.

Era evidente que le desagradaba la presencia de la policía y mucho más, el tener que contestar a preguntas no siempre discretas.

—No la molestaré mucho, señorita — empezó Lebonnet —.

Desgraciadamente no podemos devolver la vida a su padre, pero sí atrapar al hombre que lo asesinó.

—¿Y creen que ha sido Stephane, eh? — preguntó ella con altivo desdén.

—No tenemos ninguna prueba. Las estamos buscando.

—Nunca han comprendido a Stephane. El puede ser lo que... sea, pero no un ladrón... ni un asesino. Pero yo no puedo decir nada. Mi padre ha sido asesinado y me gustaría que atraparan de una vez al culpable.

—Lo haremos. No le quepa la menor duda. Y ahora hableme de Stephane. Su madre dijo que discutieron poco antes de que él fuese despedido del Banco.

—Sí. Pero fue por motivos particulares. No creo que esto tenga nada que ver.

—Me gustaría saber estos motivos.

—Repito que son particulares. No tenían nada que ver con mi padre...

—¿Cuánto hace de esto?

—Seis meses más o menos.

—Lleva bien la cuenta... ¿Han vuelto a verse?

Ella vaciló. El policía la observaba sin atosigarla.

—Una o dos veces.

—Seguían siendo amigos.

—Hablarnos — repuso ella ambiguamente.

—¿Conoce usted la discusión que sostuvo Stephane con su padre de usted?

—No — respondió Larisse secamente.

—Bien, de momento no quiero preguntarle nada más. La acompaño en el sentimiento por la desgracia y... confíe en nosotros. Atraparemos al culpable. Se hará justicia.

Stephane Larin no llegó hasta la noche. Lo hizo en un taxi. Luego se supo que había llegado en el tren de Niza, un rápido de la mañana que llega a París a las 8 de la tarde.

CAPITULO VI

Según el agente Georges Apelaire, el ordenanza del Banco, sospechoso del robo y asesinato en la sucursal del Banco de Grenoble, no había reconocido a ninguno de los dos tipos de pelo ensortijado que le presento para su identificación.

El herido examinó atentamente las dos fotografías, pero no se atrevió a denunciar a ninguno de los dos.

Insistió en que vio al hombre sólo de forma fugaz y que lo que podía precisar eran sólo datos sueltos, pero no «un todo». Por lo tanto, no había identificación posible.

Lebonnet informó al comisario de las últimas gestiones.

Se había hecho ya la comprobación de las ausencias de los empleados. Y además, un rápido informe preliminar, que en principio situaba a todos, a excepción de Stephane en un plano de la más absoluta moralidad en cuanto a su vida privada y costumbres.

Al llegar al interrogatorio llevado a cabo por Lebonnet en casa de los Marchal, el policía manifestó:

—Creo comprender la situación de Larisse Marchal... Se siente herida en su amor propio. Indudablemente ama a Stenhane, pero éste debió hacerle alguna faena... Y lucha entre el amor y el odio, pero creo que la balanza se inclina más hacia el primero de estos sentimientos.

—Pero no hasta el punto de que llegara a encubrir un crimen... El de su propio padre —murmuró el comisario.

—No. Pero el amor a menudo hace que cierren los ojos. Ella «no desea» que Stephane sea culpable. En fin, iré a verle. Hace

exactamente diez minutos que ha llegado y no quiero que se me escape. Mi hombre sigue vigilando la puerta con orden de seguirle. Me llevaré un coche con teléfono por si el pájaro vuelve a volar. Quiero interrogarle antes de que pueda prepararse una coartada.

—Puede que ya la haya preparado. Tenga mucho tacto. Me gustaría terminar con este asunto cuanto antes, y no sé por qué, me huelo que va a complicarse. Es intuición profesional.

—Yo también he pensado algo de esto, señor. Pero confiemos en que nuestras corazonadas sean falsas. Le tendré al corriente.

—Si se entera de algo que valga la pena, llámeme a la hora que sea, Lebonnet. No le importe despertarme... Pero que valga la pena, ¿eh?

—Descuide, señor.

Cuando el policía llegó al portal de la casa de Saint Germain, no encontró al hombre que debía estar vigilando la entrada.

Entró rápido y la portera le informó:

—Su compañero ha dicho que seguía al señora Larin.

—¿Se ha marchado Larin?

—Sí, señor. Llegó y se fue rápidamente tras dejar su equipaje.

Lebonnet hizo un gesto de desagrado y se alegró de haberse llevado el auto con teléfono.

El otro agente llevaba también teléfono y ya había dado el parte en el puesto de policía. Luego fue Lebonnet quien pidió comunicación con su compañero.

—Le estoy siguiendo por el puente de la Concorde. Se dirige hacia el quai des Tulleries. Parece que intenta girar por la rue du Louvre.

—No pierdas contacto con él — repuso el inspector.

—No se ha dado cuenta de que le sigo.

—Mejor.

—¡En efecto, sigue hacia el norte!

—Mantén el contacto. Intentaré atajar.

—¡Espera! Ahora vira hacia la izquierda. Es extraño. Espera... Sí, parece que va a dar un rodeo para volver al quai des Tulleries por Lemonnier.

—¿ Estás seguro que no se ha dado cuenta de tu presencia?

—Yo diría que no, pero...

—Escucha, estoy ya cerca del puente Royal. Voy a esperar a la

esquina. ¿Qué clase de coche lleva?

—Es un «Peugeot», matrícula de París.

Hizo una pausa para advertir que el «Peugeot» de Larin se dirigía efectivamente hacia el puente Royal, en seguida dio la matrícula y casi al mismo tiempo el inspector Lebonnet avistó el coche.

—Creo que ya lo tengo. Esfúmate. Ahora voy a seguirle yo. Me mantendré en contacto.

Y Lebonnet viró hacia la derecha. El «Peugeot» de Stephane Larin volvía por la misma ruta de antes a lo largo del quai des Tulleries, pero en esta ocasión pasó de largo el boulevard du Louvre para seguir paralelo al río hacia los puentes de L'Île de la Cité.

—Todo va bien — transmitió Lebonnet.

Sin embargo, el policía ignoraba la sonrisa que él, conductor del «Peugeot» dirigía mirando al retrovisor con toda calma.

Se había dado cuenta de que era seguido y ahora trataba de descubrir si su seguidor había sido relevado. Aflojó ligeramente la marcha obligando al inspector a hacer lo mismo. En ese momento Lebonnet comprendió que no estaba persiguiendo a ningún tonto y confirmó su idea al ver que seguidamente su perseguido aceleraba.

Efectivamente, Stephane cruzó raudo por Double D'Arcole y pasó por delante de Nôtre Dame, doblando por St. Louis en dirección prohibida y entró de nuevo en el Pont Marie.

A partir de ahí la persecución era ya un hecho.

Lebonnet tampoco era novato en tales lides y pisó a fondo, informando a su compañero de lo que sucedía.

—Quédate en las inmediaciones del quai du Louvre. Ahora ha virado por la izquierda a la altura de Nôtre Dame. ¡Se ha dado cuenta!

—Bien, esperaré — repuso el compañero de Lebonnet mientras el inspector pisaba a fondo para marchar pegado a la rueda de Stephane, pero el joven no era presa fácil y se adentró por las estrechas calles confluyentes por la rué de Rivoli. Trató de despistar al policía dando varios rodeos. Por fin desembocó en Lafayette tras diez intensos minutos de marcha.

Cuando llegó a St. Nazaire, bajó por el boulevard Hausmann.

Ya por entonces, Lebonnet había perdido su pista. Cuando poco después se reunió con su amigo en el quai du Louvre, sacudió la

cabeza de un lado a otro.

—Tendremos que volver a empezar.

—Es estúpido hacer esto — dijo el ayudante de Lebonnet—. Sabemos dónde vive. Con esto no hace más que complicarse la vida.

—Y complicárnosla a nosotros... Puede que no quisiera que supiéramos a dónde se dirige, o puede tal vez que haya querido darnos una lección. Bueno, se la devolveremos con creces.

—¿Vuelvo a la casa?

No. Ahora lo haré. Tú ve a descansar. Te llamar, si te necesito.

Y mientras, Stephane continuaba su marcha tranquilamente. No parecía alegre sin embargo. No tenía su habitual sonrisa en el rostro y su mirada expresaba una cierta rudeza.

Al inspector Lebonnet puede que le hubiera sorprendido bastante conocer el destino de su perseguido.

El «Peugeot» entró por la puerta del jardín de las dos únicas villas protegidas por la pared de ladrillo y circundadas de verde césped y abundantes flores.

Allí, en una de aquellas dos casas tenía su residencia la familia Marchal.

CAPITULO VII

La doncella abrió a la llamada de Stephane. El no tuvo que anunciarse porque Larisse apareció en el hall y murmuró:

—Puedes retirarte, Thérèse.

No dijo nada más. Stephane y Larisse quedaron mirándose en silencio durante una eternidad. Incluso después de que la doncella les hubiese dejado a solas.

—¿Por qué has venido?

—En el tren me enteré de la noticia — repuso simplemente Stephane.

Se acercó a ella, pero Larissa le detuvo con un ademán.

—No, Stephane. Es mejor que no te vean por aquí... La policía ha estado en casa.

—Lo supongo... Ahora venían siguiéndome.

—Stephane... Júrame que tú... — empezó ella, pero se detuvo como si le causara horror obligarle a tal juramento.

El comprendió lo que ella ni había insinuado siquiera.

—¿De veras puedes creer que yo haya tenido que ver?

—Odiabas a mi padre... ¡Oh, Dios mío! ¡Claro que no lo creo...! Sé que tú... Sé que tú no eres capaz... Y así se lo he dicho al inspector que estuvo en casa ayer.

—No me extraña que me busquen... Ahora me harán un montón de preguntas, y el caso es que... no sé si mi coartada dará buen resultado.

—¿Coartada?

Larisse... El sábado estuve en París... haciendo cosas. No puedo decir dónde pasé el tiempo. Nadie podría probarlo. Bueno...

Pensaba verte de todos modos. Las cosas me han ido bastante bien y... me hubiera gustado hablar contigo. Luego me dije que era una tontería, que tú y yo ya nos lo habíamos dicho todo y me marché. Me fui a Niza, a divertirme... Te cuento la verdad. Ahora me arrepiento de haber ido... Cuando leí la noticia mientras regresaba olvidé todo, mi orgullo, nuestras disputas... Y sólo pensé en estar a tu lado... para consolarte. Yo que tú querías a tu padre... Lo que yo sintiera por él, mis discrepancias y nuestros dispares puntos de vista no cuentan ahora.

Ella no pudo resistir más. Estaba demasiado cerca del hombre que amaba y se lanzó materialmente para buscar la protección de su pecho, sentir los latidos del corazón de Stephane y convencerse de que era sincero, que por encima de malos entendidos él la había querido siempre en serio y quizá aún más en esos momentos de pena.

También Stephane distaba mucho de ser el hombre frívolo y enamorado de la Costa Azul. Ahora se comportaba como un ser realmente enamorado cabal y capaz de cualquier cosa por la mujer que tema entre sus brazos.

Ella besó con fuerza y con ternura y ella le ofreció su boca, besándole a su vez.

Así les encontró la señora Marchal cuando se acercó para preguntar:

—¿Quién está ahí?

No concluyó la pregunta porque en seguida vio que se trataba de Stephane, que soltó a Larisse para avanzar cortésmente e inclinarse ante la viuda.

—Señora... Lamento profundamente lo ocurrido. Yo quería...

—Gracias — cortó secamente la dueña de la casa. Luego se volvió por donde había venido.

—Mamá está deshecha — comentó Larisse disculpándola.

—Sé que nunca he sido demasiado grato en esta casa... Y a partir de ahora voy a serlo menos todavía. No obstante, me gustaría verte... y que te convencieras que siento lo ocurrido, aunque no simpatizara con tu padre. Lo siento de veras.

—Lo sé... Lo sé —susurró ella.

—Te llamaré mañana.

—Van a venir muchos parientes de fuera. No podré salir —

repuso ella.

—Entonces pasado, pero no más. ¿De acuerdo?

Iba a marcharse tras besar nuevamente a la muchacha, que le preguntó:

—Stephane... ¿Dónde estuviste el sábado? Posiblemente hagan más preguntas...

—Esto es cosa mía. No te preocupes. Nadie tiene la culpa que los empleados del Banco me hayan nombrado. Cuando ocurre algún robo, en lo primero que se piensa es en los ex empleados... Sé que voy a ser el blanco más importante de la policía. Pero estoy preparado.

Salió de la casa. Ella mantuvo abierta la puerta hasta que le vio introducirse en el coche.

Stephane se sentó frente al volante y se dispuso a pensar. Sacó una abultada cartera del interior de su chaqueta. La abrió, estaba repleta de francos, en billetes de a mil, quinientos y cien.

Volvió a guardar la cartera y sacó un fajo de billetes pequeños del bolsillo, de cincuenta y de diez. Sonrió levemente, hasta que la puerta de la casa se abrió nuevamente y de ella salió Pierre Lloget, el subdirector íntimo amigo de la familia, algo más joven que el difunto Marchal, un hombre que a Stephane siempre le había parecido rastrero, bajo, capaz de todas las ruindades para hacerse grato a los ojos de sus superiores.

Lloget vio el «Peugeot» de Stephane y alguien dentro.

Se aproximó.

Stephane asomó su cabeza por la ventanilla y miró a Pierre con una mezcla de cinismo y dureza.

¿Qué hace usted aquí? — inquirió secamente el subdirector.

—¿ Y usted qué hace?

—Eso no le importa. Los Marchal han sido amigos míos de toda la vida. En cambio usted...

—Cuidado con lo que vaya a decir, tiraletivas. Ahora ya no podrá cepillar la chaqueta del jefe. ¿Qué pretende? A lo peor a falta del marido pretende casarse con la viuda.

—¡ Canalla! — Lloget, bajo de estatura, pareció crecer unos centímetros —. ¡ Salga de aquí y le haré comerse sus palabras!

—Si salgo, Lloget, será para darle una paliza. Y sería muy desagradable que los Marchal vieran en qué estado le dejo. Pero

ándese con cuidado, puede que se la dé algún día... Ya lo sabe, mucho cuidado. Y yo no bromeo.

Se volvió hacia el volante y puso en marcha el vehículo.

Lloget quedóse con el rostro enrojecido.

Media hora más tarde estaba en el despacho del comisario dando cuenta de la amenaza recibida.

Tomaron nota de sus palabras y cuando se hubo marchado, el comisario, que estaba esperando noticias de Lebonnet, murmuró:

—No deja de ser chocante que uno de los sospechosos acuda a dar el pésame a la familia... ¿Porque si no fue a dar el pésame, qué diablos iba a hacer Stephane Larin en casa de los Marchal?

* * *

Stephane llegó a su casa y antes de entrar reconoció el coche que le había estado siguiendo. No hizo el menor caso. Estaba dispuesto a enfrentarse con la realidad.

Lo que sin duda no esperaba era la «otra visita».

Salió del bar contigo y se dirigió hacia él cuando cruzaba el umbral de la puerta y esperaba encontrarse con un policía que le mostrara su placa.

—¡Chantal! ¿Qué diablos haces aquí? — preguntó al reconocer a la inesperada visitante.

—Ya lo ves — replicó la modelo—. Esperándote. No tenía muchas esperanzas, ésta es la verdad. Creí que no serías tan estúpido de volver por aquí.

—¿De qué estás hablando?

La portera asomó en aquellos momentos.

—Después de lo que sé, Stephane... — sonrió ella.

—Sabes? ¿Pero qué es lo que sabes?

—Porque dijiste en Niza que...—él apretó su brazo al ver a la portera y entre dientes ordenó:

—¡Calla! Vamos, sube. Pero te advierto que estoy muy cansado. He venido en tren. No podré dedicarte mucho tiempo.

—Me dedicarás el necesario, Stephane. Yo puedo ayudarte y sé que vas a necesitar ayuda.

La llevó hasta la escalera apretándola con violencia.

—Me haces daño — se quejó ella.

La obligó a subir delante hasta el primer piso. Había un corredor y un par de puertas. Su casa estaba tras la primera de esas puertas, que Stephane abrió. Arrojó materialmente a la muchacha en su casa y luego, tras dar la luz, cerró la puerta.

Del tramo de escaleras superior asomó entonces el inspector Lebonnet.

Y entretanto, dentro de la casa, Stephane exigió:

—Ahora habla claro y de prisa. ¿Qué clase de crucigrama te traes en tu vacía cabeza de chorlito...?

—¿No me invitas a beber?

—Esto no es un bar. Y empiezo a cansarme de tu asedio. Suelta de una vez qué es lo que quieres.

Por toda respuesta ella sacó del bolso el recorte de un periódico que hablaba del robo al Banco, con el correspondiente asesinato de Marchal.

—¿Te has librado de él, eh? Y te has llevado un buen pico... Según las ultimas noticias, son seiscientos mil y pico de francos... De los nuevos, claro.

—Eres una estúpida, Chantal... No sé por qué diablos me fijaría en ti...

—Yo voy a decírtelo, querido... Te habías peleado con la hija de Marchal y estabas lleno de despecho. Necesitabas un regazo femenino para consolarte... Pero tu pena no era de amor. Me di cuenta en seguida.

—¿Y de que más te diste cuenta?

—De que había perdido para siempre tu talonario de cheques en blanco.

—Estúpida y boba. ¿Crees que soy capaz de jugarme la vida por seiscientos mil dólares?

—Matabas dos pájaros de un tiro... Y no es que a mí me importe; siempre te dije que me gustabas tal cómo eras y con lo poco que tenías... A mí me pagan bien... Claro que si además eres rico, nunca está demás... Confía en mí, querido. Puedes hacerlo.

El la escuchaba con una extraña calma.

La hubiera abofeteado con ganas, pero se contenía, y ella no parecía darse cuenta de que estaba a punto de colmar el vaso de la paciencia de Stephane.

—Yo diré que pasaste todo el sábado conmigo en Niza...

¿comprendes? Tendrás la mejor de las coartadas...

Lentamente, Stephane se dirigió hacia la puerta y murmuró:

—Vete de aquí.

—No seas estúpido... Yo también me juego algo en esto. ¿No comprendes?

—¡Vete!

—Voy a hacer de cómplice tuya..?

—¡Vete! —dejó la puerta entornada y avanzó hacia ella echando chispas por los ojos —. Vete — dijo casi en un susurro en el que había concentrado toda su furia.

—Eres un asesino. ¡Lo sé! Tienes dinero... Tú nunca lo tuviste... Ahora lo tienes... Estuve en el hotel mientras te estabas divirtiendo con aquellas estúpidas que no son más que busconas disfrazadas de señoritingas. Estuve en el hotel y vi el dinero... Tienes un montón en el maletín... Lo vi.

Stephane ya no quiso ni pudo contenerse. Golpeó las dos mejillas de Chantal en un arrebato de furia.

Ella cayó de espaldas contra el diván. Se le subió la falda con su propio impulso y su tez, tras enrojecer por los golpes, se volvió lívida.

—Te acordarás de esto — sentenció.

En aquel preciso momento asomó el policía aprovechando que la puerta estaba abierta.

—¿Estorbo? — preguntó con una leve sonrisa de disculpa.

CAPITULO VIII

Lebonnet dejó que Chantal dejara la casa, lo que hizo sin saludar siquiera al policía.

El inspector, tras cerrar la puerta, se presentó. Para Stephane resultaba innecesario que lo hiciese, porque ya había adivinado que se trataba de un inspector de la brigada criminal.

El policía midió con la mirada a Stephane. No tenía el pelo ensortijado, pero era alto, ágil, lo cual casaba perfectamente con el supuesto individuo que había, saltado por los terrados.

—Señor Larin, supongo que imaginará usted por qué estoy aquí — empezó con toda cortesía, dando a su tono una extrema suavidad.

—Voy a hablarle sinceramente, inspector. Doy por sentado que mis ex compañeros de oficina le han hablado de mí. De mis diferencias con el señor Marchal y de mi peculiar modo de ser. También doy por supuesto que para ustedes, y dadas las circunstancias, vengo a ser el sospechoso número uno. Siento decepcionarle. No voy a confesarme culpable. Estuve en Niza. Estaba allí en el momento de producirse el robo y asesinato. Me he enterado de todo ello en el tren cuando regresaba en el rápido de la mañana. Ahora empiece a preguntar.

—No esperaba que confesara usted. Ni siquiera le he dicho que se sospechara de usted. En estos casos cada persona que directa o indirectamente haya tenido relación con el Banco es un sospechoso. Esto debe saberlo usted — sonrió Lebonnet y añadió—: Por mi parte, tampoco doy por oído lo que casualmente escuché cuando me disponía a entrar...

—¿Eh?

—Esa señorita habló de algo, señor Larin. Si usted me cuenta su versión particular, haré caso omiso de lo que he oído — repitió, sin querer.

—No sabía que la policía se dedicara a escuchar tras las puertas.

—Escuchar es una cosa, oír es otra... La casualidad a veces juega un papel importante, pero, por favor, estaremos más cómodos en la comisaría.

—No vaya tan aprisa, por favor, inspector.

—Es una cuestión de comodidad. Por favor, acompáñeme. No le retendré más que el tiempo preciso y justo. Hágame caso.

—Está bien, vamos. Cuanto antes se termine este asunto mejor para todos.

Salieron. Lebonnet invitó a Stephane a subir al coche policial.

Hicieron el viaje en silencio. Luego al llegar al puesto de policía Lebonnet invitó a Stephane a que entrara en su despacho.

Se disculpó un momento y pasó a otro despacho. El comisario seguía allí.

—Iba a llamarle, señor. Necesito una orden de registro. Es urgente. El tiempo que pueda retener a Larin aquí... Hay ciertas cosas que deben ser minuciosamente comprobadas. Un maletín, por ejemplo. — Y Lebonnet recordó lo que había oído de labios de Chantal a través de la puerta entreabierta.

—Estas horas no son las más apropiadas para conseguir la orden, sin embargo, en ciertos casos...Ejem... Déjelo de mi cuenta.

Le guiñó el ojo y el inspector entendió perfectamente que el comisario se disponía a hacer un registro «fuera de lo corriente».

Poco después Lebonnet empezaba su bombardeo de preguntas.

—Estuve en Niza, ya se lo dije — repuso tenazmente Larin—. Suelo reunirme con varias amigas en la playa. Luego vamos a bailar, a cenar o... a donde nos apetece. Puedo ir con usted a la Costa Azul y preguntaremos a las chicas...

—Deme sus nombres. Desde aquí será más cómodo.

—No le diré ningún nombre. No deseo que mis muchachas se mezclen en el asunto.

—¿ Sus muchachas? Parece usted un hombre afortunado, señor Larin.

—Aprovecho mi juventud... Mi vigor, digamos.

—Lo aprovecha, ¿eh? Pensaba que entre usted y la señorita Laura Marchal había algo sólido...

—Mi vida privada no interesa a la policía ni a nadie. Pruebe que yo estuve en el Banco el sábado y la partida será suya. Entretanto aténgase a los hechos. No divague.

—Es usted un poco insolente, pero uno ya está acostumbrado a todo... Así que le daré tiempo para que se calme, ¿eh? Entretanto voy a tomarme un bocadillo.

—Oiga, inspector, usted cumpla con su deber y deje el estómago para luego. Yo tampoco he cenado.

—Le invito a un bocadillo y a una cerveza — y Lebonnet le guiñó el ojo, pero le dejó solo.

Poco después, Stephane recibía el bocadillo y la cerveza prometidos, pero Lebonnet tardó bastante más rato en aparecer.

Lo que necesitaba el inspector era tiempo. Tiempo para que la casa del sospechoso fuera registrada.

Tardó más de una hora. Y encontró a Stephane fumando tranquilamente. Había terminado su bocadillo y apurado su cerveza.

Fue entonces cuando el inspector recibió una llamada telefónica. Se puso a la escucha y recibió una respuesta concreta a su muda pregunta.

—¡Nada!

Era uno de los hombres que había ido a registrar la casa de Lavin. «Nada» significaba que no había encontrado dinero... Lebonnet colgó sin decir palabra, y tampoco se mostró sorprendido cuando el sospechoso, que había recobrado su habitual sonrisa cautivadora y contagiosa a la vez, comentó:

—Si lo que quería era ganar tiempo para que sus compañeros registraran mi casa, lo ha perdido lamentablemente. ¡Ah! Y gracias por el bocadillo. Un jamón excelente. Tendrá que decirme dónde lo compra. Me haré con unos cuantos cortes. Realmente excelente.

—Gracias por sus elogios. Lo compramos en el bar de la esquina. Y ahora al grano... ¿Dónde guarda usted el dinero?

—En mis bolsillos. ¿Quiere verlo?—y sacó la cartera con su abultado contenido en francos.

Sacó todo el dinero. A simple vista podían apreciarse unos quince mil francos.

—¿Siempre lleva tanto dinero encima? — preguntó el inspector.

—Hay mucho ladrón suelto.

—¿A qué se dedica, señor Larin?

—Negocios.

—¿Qué clase de negocios?

—A lo que salga... Pero si le preocupa este dinero, le diré que lo gané en las carreras. Aposté lo que me quedaba y tuve suerte. No es la primera vez. En el Parque de los Príncipes me conocen bastante. Pregunte allí. Justifique su sueldo...

—¡Basta de insolencias!

—¡Basta de absurdas sospechas, señor Lebonnet! Yo no he cometido ningún delito. Si he de permanecer aquí, solicito hablar con un abogado. Tal vez le ayude a recordar sus obligaciones.

—Usted ha visto muchas películas, señor Larin. Claro, claro que tiene derecho a pedir ayuda de un abogado, pero todavía no le he acusado...

Una llamada telefónica cortó súbitamente la conversación. Lebonnet se puso al teléfono y tras escuchar unos momentos colgó con aire satisfecho. Luego se dirigió a Larin y manifestó:

—Temo que tenga que aguardar un poco más, señor Larin... Acabo de recibir una importante notificación. La señorita Chantal tiene algo interesante que decirme respecto a usted.

Larin disimuló la inquietud que sentía en aquellos momentos.

El inspector le dejó nuevamente a solas.

CAPITULO IX

—Encontrarán el maletín en la consigna automática de la estación de Niza — declaró Chantal.

Estaba rabiosa. No hacía falta ser un lince para darse cuenta de que el despecho la comía.

El comisario se hallaba junto a Lebonnet durante la declamación de la muchacha.

Dejaron que siguiera.

—Ya les dije que me extrañó mucho la actitud de Stephane. Sobre todo por el alarde de dinero de que hacía ostentación.

—¿Y entró usted en la habitación de su hotel sólo para ver si tenía una maleta llena de dinero? — interrumpió el comisario, dándose cuenta del odio de la muchacha hacia el hombre que estaba acusando.

—Bueno... Fui allí como... como otras veces.

—¿Y encontró el maletín por casualidad? — inquirió Lebonnet.

—Pues sí... Y me extrañó. Stephane no solía llevar nunca mucho dinero, por la sencilla razón de que no lo tenía.

—¿Y cómo sabe que el maletín está en la consigna?

—Porque le seguí a la mañana siguiente, antes de que tomara el tren. Yo hice el viaje en avión... Pero le seguí.

—¿ Por espíritu de justicia? — interrumpió nuevamente el comisario.

—Si es que no me creen, compruébenlo ustedes mismos. Es el apartado 8.014 de la consigna automática... Depositó allí el maletín.

—Está bien, señorita. Lo comprobaremos... Y si la suma hallada corresponde poco más o menos al dinero robado en el Banco... nos

habrá hecho usted un valioso servicio, ¡Ala! No se olvide de dejar sus señas personales antes de irse.

—¿Las de París? — preguntó la modelo.

—Las del lugar donde podamos encontrarle.

—¿Es que van a necesitarme?

—Bueno... Si se puede probar que Stephane es el culpable, será juzgado y lo más seguro es que usted tenga que intervenir como testigo...

—Creí que... — empezó ella.

—Procuraremos no tener que molestarla. Pero nunca se sabe... Sus señas, por favor—insistió el comisario.

Ella tomó el bloc de notas que le ofreció Lebonnet y anotó un par de direcciones.

—Suelo residir en Niza durante el verano, pero a veces tengo que trasladarme a París. Aquí tienen las dos direcciones — contestó al fin después de haberlas anotado.

Salió de la oficina ante las miradas de los dos hombres de la policía.

—Le odia. Es capaz de todo por hundirle — comentó Lebonnet —. Una mujer despechada es peor que una víbora.

—Pero puede sernos de gran utilidad, amigo mío.

—¿Qué hacemos con Stephane Larin?

—Déjele ir. Hágle ver que no tenemos nada contra él... Pero que no se le pierda de vista, y esta vez procuren evitar toda estratagema.

—Como usted ordene.

—Dígale que no salga de la ciudad sin avisarnos. Hágle ver que se trata de una pura rutina... Por lo demás, tenemos que darnos prisa para hacer esa comprobación en Niza.

* * *

Los trámites para conseguir abrir el apartado 8.014 de la consigna automática de la estación de Niza tardaron lo suyo, pero al final, un par de inspectores, juntamente con un empleado de la S.N.C.E., procedieron a la apertura del apartado.

Allí había el maletín descrito por la modelo Chantal.

—Ábranlo — ordenó el inspector jefe.

El empleado de los ferrocarriles y el otro inspector actuaban como testigos.

El maletín no tenía cerradura. Podía abrirse accionando la palanca del cierre, que no estaba asegurada con llave alguna.

Todos los ojos devoraron el interior del maletín. El asombro se reflejó en todos los semblantes al ver el contenido.

Ropa interior.

¡¡ Ropa interior femenina!!

—Parece nueva — dijo el empleado, tratando de tocar un sujetador femenino.

—¡No toque nada!—ordenó el inspector jefe de la operación — Déjenlo tal como estaba.

Quince minutos más tarde, el comisario de París era informado del hallazgo.

—Ropa interior — repitió a Lebonnet.

Y Lebonnet con un gesto de asentimiento musitó;

—Me lo temía. Le hemos dado tiempo a que alguien haya dado el cambiazco.

—¿Cree realmente que había dinero en ese maletín? — preguntó el comisario.

—No lo sé, pero lo que sí creo es que Chantal no se hubiese molestado en acusar a Stephane Larin sin estar segura de poderle perjudicar. En ese maletín descargaba toda su venganza de mujer desechada...

—Bien — repuso el comisario—. Las cosas no están tan mal. Sobre todo, si, como he ordenado, se sigue de cerca a Larin. Tarde o temprano si había dinero tratará de recuperarlo y entonces tendrá que explicarnos su precedencia... Creo que por esta noche podemos descansar.

—Sí, comisario, hemos llevado un par de días muy agitados — sonrió Lebonnet.

En aquellos momentos, y desde la cabina de un bar, Stephane estaba celebrando una conferencia telefónica con Niza. Al otro lado del aparato se encontraba una de las gogo girls amiga suya.

—¿Has tenido dificultades, Silvie?— preguntaba Stephane.

—No, querido... He ido a la consigna con la llave que me diste el sábado para que la guardara. He sacado todo el dinero y he puesto lo que tú me regalaste... ¡Ja! Pero todavía no me has dicho en qué

consistía la broma.

—Ya te lo explicaré cuando vuelva por ahí.

—¡Stephane! Pero... ¿Qué hago con ese dinero? Hay mucho... ¿De dónde lo has sacado? ¿No será qué...?

—Por favor, Silvie. Estamos en un teléfono público... Guarda bien lo que sacaste del maletín. Que no te lo roben. Confío en ti...

—Claro que sí... ¿Cuándo volverás?

—No sé. No puedo decírtelo en estos momentos...

Miró a través del cristal de la cabina y vio al individuo de aspecto demasiado austero para frecuentar un bar de aquella clase y que estaba en la barra tomando un whisky o fingiendo que lo tomaba, mientras lanzaba furtivas miradas a la cabina telefónica.

—No... No puedo decírtelo — repitió Stephane a través del auricular—, pero pase lo que pase, piensa que yo no te he llamado para nada. ¿Eh?

—¡Oh, no! Pero a las amigas...

—Ni siquiera lo digas a las amigas. Yo sólo he confiado en ti.

—¡Oh! — exclamó ella, dando por comprendido el halago.

—Adiós, amor — y Stephane colgó pensando en el agente del bar... En aquel hombre demasiado serio para pasar inadvertido. Sonrió y salió tranquilamente, pasando después por delante de su seguidor sin mirarle, pero levantando la voz para decirle al *barman* a quien conocía perfectamente:

— Mañana estoy citado con Jaqueline, a las siete. Quiero el reservado de costumbre. Hasta la vista — y dejó sobre el mostrador un billete de diez francos.

El policía de paisano tomó nota de que al día siguiente, a las siete, el sospechoso estaría de nuevo en aquel establecimiento. Pensó que aquello, sin duda, le evitaba pesquisas porque sabía de antemano dónde encontrar a Stephane.

Y Stephane sonreía pensando en el plantón que iba a llevarse quien estuviese encargado de seguirle.

CAPITULO X

Stephane y Larissa se encontraron en el Bois de Boulogne a la tarde siguiente.

Cuando se reunieron, ella advirtió al hombre que se había detenido para fingir que leía un periódico sentado en uno de los bancos de una bien cuidada plazoleta formada por un cruce de senderos.

—¿Te han seguido?

—Es uno de mis guardaespaldas. Tengo bastantes desde ayer. Se turnan, pero esto no me preocupa en absoluto; puedo despistarles en cuanto quiera. Hoy no lo he creído necesario. Es un buen chico, no va a estorbarnos.

—Stephane... No me gusta esto, ¿sabes? Todo es anormal... La policía sospecha de ti y yo...

—¿Sientes remordimientos?

Ella guardó silencio.

—Comprendo tus dudas... Y no me ofenden...

—¡Oh, no! Si dudara no saldría contigo. De veras. Pero es todo... Mi madre, la familia...

—Y seguramente el inefable monsieur Lloget.

—¿Tampoco simpatizabas mucho, verdad?

—¿Te dijo que anoche tuvimos algunas palabras?

—Sí.

—Eso quiere decir que ha vuelto.

—Para interesarse por mi madre.

—¿Y tú lo apruebas?

—¿Por qué odias a Lloget?

—Porque si había algún rastrero en el Banco era él. No yo. Jamás nadie podrá decir que diese coba a nadie. Soportaba que algunos pensarán que salía contigo por tener una plaza mejor... ¿Qué podía ofrecerme un director de sucursal? Perdona, no es por menospreciar a tu padre... pero ya estaba bien como estaba. Te conocí a ti por casualidad. Ni siquiera sabía de quién eras hija.

—Eso es verdad — admitió ella.

—De acuerdo, pues. Y otra cosa. Todo el mundo sabía que mi trabajo en el Banco lo consideraba transitorio. Algo para ir tirando hasta que saliera algo mejor. Yo no he nacido para estar sujeto a un horario. Soy libre y libre quiero vivir. Allá con la suerte que se han buscado los papanatas y los sin espíritu, que se conforman con un empleo seguro. Si a ellos les gusta, con su pan se lo coman. Bien que hacen si ello les satisface, pero yo no. No quiero recibir órdenes estúpidas de gente estúpida. Odio la rutina, lo fijo, lo seguro...

—A mí me gustaba tu modo de pensar, quizá porque rompía la monotonía de todos los días. Lo que yo había visto siempre en mi propia casa...

—¿Y ya no te gusta?

—Sí, Stephane —musitó ella, sin demasiado convencimiento.

—Estás como estás, debido a las circunstancias. Te comprendo...

—Creí que no significaba nada para ti...

—Sabes que si...

—¿Por qué has tardado tanto?

—¿Discutimos, recuerdas?

Ella se entregó al fin:

—¡Oh, sí! Me olvidé de la promesa de dejarte libre... Me dejé dominar por los celos... Pero me molestaba verte con otras... Me molestaban tus excursiones a la Costa Azul...

—¿Crees acaso que me divertía? No, Laura. Fingía pasarlo bien... Sí. Una niñería. Porque también se cometen a los treinta años... Una niñería de cara a la galería. De cara a ti... Quise demostrarte que no me importabas en absoluto. Qué podía pasarme sin ti... Me engañaba a mí mismo...

—¡Oh, Stephane!

Se juntaron más. Se estrujaron y un beso les fundió en el más grato de los silencios.

No les importaba el policía que fingía leer el periódico y que de

cuando en cuando lanzaba furtivas miradas. En aquellos momentos sólo pensaban en sí mismos. En el placer de sentir su mutuo roce. En las caricias de aquellos besos cálidos que ambos deseaban dar y recibir a la vez...

—¿Por qué discutisteis con papá? — inquirió ella, sobreponiéndose, volviendo a la realidad en su lado más dramático.

—Preferiría no hablar de ello.

—Hazlo por mí. Te prometo que no te haré ningún reproche.

—No es a mí a quien tendrías que hacerlo... ¿Quieres que siga?

—Quiero saber la verdad. Toda la verdad.

—Tu padre nunca solía mezclar las cosas del trabajo con las de índole privada. En el Banco no me hablaba de ti. Cuando me dijo que preferiría no verme más contigo lo hizo fuera de las horas del trabajo... aunque yo sabía que a menudo estaba pendiente de mí.

Tras una pausa el joven prosiguió:

—Durante los últimos tiempos que yo trabajé en el Banco observé unas anomalías. Algo andaba mal. Llegaba la hora de salir y quedaban asuntos pendientes... Se me acusó de ciertos errores y me defendí. No suelo hacerlo atacando como hacen otros, pero yo sabía de dónde procedían aquellos errores y se lo hice ver a tu padre.

—¿De dónde procedían?

—De la sección de Lloget. Me contestó que debería tomar ejemplo de él en vez de acusarle. Le conteste que yo no acusaba, simplemente que como empleado consciente de mi deber, hablaba con el director para indicarle lo que sabía yo con absoluta certeza. Quizá me excedí al decirle que se ocupaba demasiado de mí. Bueno, no importan ahora las palabras que nos intercambiamos, pero me relegó, dándome los trabajos más secundarios. Algunas veces cometí errores adrede, para fastidiarles... Eso me divertía. Yo soy así, no puedo remediarlo. Creí que tanto uno como otro se lo merecían.

Tras otra pausa concluyó:

—Bueno, por esta razón me expedientó. Discutimos y yo le amenacé, cosas que se dicen en un momento dado, sobre todo porque él me chilló delante de los demás... Como sabes, no esperé a que me despidieran. Me largué.

Después de un silencio ella murmuró:

—A pesar de todo, casi me quitas un peso de encima. Creí que la

discusión había sido por mi causa.

—Tu padre quería lo mejor para ti. Cuando comprendió que tú y yo íbamos en serio, o más en serio de lo que él pensaba, se indignó. Pensó que yo no era la persona que te convenía y eso le hizo tomarme ojeriza. No... No se lo reprocho...

—Te quiero, Stephane. Te quiero.

—Es una delicia oírte decir esto — replicó él, besándola.

Luego, tras las efusiones amorosas, Stephane murmuró;

—Ayudaré de forma indirecta a la policía... Ahora tengo un gran interés en saber quién cometió el robo y quién mató a tu padre. Por dos razones... por ti y por mí mismo. Para que me dejen en paz de una vez... — y lanzo una mirada muy significativa al policía.

—¿Qué haces ahora? ¿Trabajas en algo?

—Me metí en un asunto de terrenos... Han abierto un nuevo polígono en la Costa Azul, hacia el interior.

Un amigo me ofreció una comisión y tuve suerte de dar con un alemán que se interesó por varias parcelas.

—Ojalá tengas suerte.

—Todavía no lo sé. Porque ahora tengo un problema...

La llevó suavemente con el brazo hacia su coche y murmuró:

—Por el camino te lo explicaré.

Cuando Stephane puso en marcha el coche observó a través del retrovisor que otro automóvil le seguía a poca distancia, tan despacio que podía ver perfectamente a su conductor; el policía que había venido siguiéndole tocio el tiempo.

Sin hacer caso de su presencia, Stephan explicó a la muchacha:

—El sábado ultimé una operación con ese alemán. Me dio una importante cantidad de dinero a cuenta. Casi medio millón de francos en efectivo. Yo le firme un recibo, pero hasta el lunes no podía entregar el dinero a la compañía porque ya habían cerrado, y decidí no ir a Nica como era mi intención. Pocas horas después cuando ya estaba de regreso a mi casa, recibí una llamada del amigado de ese alemán. Me dijo que guardara personalmente el dinero y me fuera a Niza porque su cliente tenía otros planes. Me ofrecían una comisión a cambio de que les devolviera el dinero. Lo pensé. Me dije que si el alemán no podía pagar el resto, la compañía inmobiliaria se quedaría sin la venta. A mí sólo me interesaba la comisión, por lo tanto, lo único que me importaba era cobrar mí

tanto por ciento, viniese de donde viniese...

Pero cuando llegué a Niza me enteré de que el alemán había tenido dificultades con la policía, me aseguró que era persona totalmente inocente de cualquier cargo que pudiera imputársele, pero que de momento, por un mal entendido, le habían confiscado sus propiedades en Francia. Me rogó que tomara mi comisión y que entregara el dinero a cambio del recibo, pero yo me negué. No vi el asunto demasiado claro y dije que el dinero continuaría en mi poder hasta recibir órdenes directas del cliente o averiguar la verdad por mí mismo...

—¿Por qué no entregaste el dinero?

—Querida — sonrió él —, yo no sé hasta qué punto tiene poderes ese abogado. Y no se puede jugar alegremente con el dinero de los demás. Así que me mantendré a la expectativa. Si resulta que los francos son producto de un robo, ya pensaré lo más conveniente. Si es dinero honrado y el alemán sale del lío, el dinero volverá a sus manos, pero entretanto prefiero tenerlo yo.

—Estás preocupado por esto.

—No... Estoy preocupado porque si encuentran el dinero coincidiendo con el asunto del Banco, necesitare Dios y ayuda para que me crean. Por otra parte, no puedo justificar la procedencia. Ni el alemán en su situación ni su picapleitos levantarán un dedo por mí si pueden verse comprometidos... Suponte que el dinero sea robado. ¿Crees que confesarán que me lo han dado? Dirán que no saben de qué les hablo y entonces no podré probar su procedencia, y si por el contrario, decidiesen hablar en mi favor, entonces me acusarían de no haber expuesto el asunto a la policía tratándose de un caso, digamos un tanto vidrioso... Y al fin y al cabo yo no hago más que mantenerme a la espera y esto no es ningún delito...

—Di la verdad, Stephane. Cuéntalo todo al inspector Lebonnet.

—Tal como están las cosas creerían que se trata de una excusa. Te repite que no estoy respaldado... Fue una operación demasiado extraña. Me confié al ver el dinero. Eso es todo.

Aceleró un poco más y añadió.

—Si consigo descubrir al culpable de ese robo...

—¿Pero cómo puedes?

—Si puedo, Laura. Sí puedo. Porque ese robo no pudo cometerlo un profesional, un delincuente habitual... No se habría arriesgado

tanto. En las sucursales no suele guardarse tanto dinero... Tiene que ser alguien que supiese que este sábado la caja estaría llena. Incluso que supiese también que tu padre iría... Era el único que sabía la combinación.

—¿Un empleado?

—Un empleado con... influencia.

—¿A quién te refieres?

—No lo sé todavía, Laura. No lo sé... Pero tendré que vigilar de cerca a Pierre Lloget.

—¡ Oh, no! Era el mejor amigo de mi padre... No pudo llegar a...

—Laura... Pierre es más ambicioso de lo que imaginas. Los elogios que hacía siempre de tu padre encubrían su envidia. ¿No sabes que con frecuencia pedía anticipos a largo plazo?

—Bueno... Tiene muchos gastos... Su mujer está en un sanatorio.

—Podía acogerse a la Seguridad Social, pero quiso una estancia particular para su esposa.

—Es natural que todo el mundo quiera lo mejor para los seres que ama.

—El sanatorio donde podía estar su esposa es de los mejores. Pero a él no le bastaba. La tiene en un hotel de lujo y esto no puede pagarse con su sueldo. ¿De dónde saca el dinero, Laura? Yo lo averiguaré...

CAPITULO XI

Cuando Stephane dejó a Laura a la puerta de su casa, apretó el acelerador dispuesto a despistar a su seguidor. Le resultó más fácil que con el inspector.

Dejó el coche junto a una estación de metro, se mezcló entre la gente y salió por otra puerta, volviendo al coche. Cuando el policía se dio cuenta de la estratagema ya estaba demasiado lejos de él para poder ser alcanzado.

Una hora después se presentaba en casa de Lloget.

El subdirector vivía solo. Solía comer en un restaurante cercano a su casa y disponía de una asistenta que le hacía la limpieza de la casa todas las mañanas.

Cuando Pierre entró después de regresar del restaurante, surgió Stephane que le esperaba en el tramo alto de la escalera.

Pierre Lloget se apresuró a cerrar la puerta del piso para evitar que el ex empleado se colara en su casa, pero no tuvo la fuerza suficiente ni fue lo necesariamente rápido para impedirlo.

Stephane se coló en la casa y cerró la puerta tras sí. Pierre Lloget retrocedió, pálido.

—No tiene ningún derecho a entrar así en mi casa. Salga... ¡Salga o llamaré a la policía!

Stephane avanzó hacia Lloget mirándole fijamente. Su expresión era dura, fría.

—¿Qué pretende? Yo... Yo no le he denunciado a la policía. Al contrario, dije que era usted un buen empleado y que...

Stephane seguía adelante obligando a Lloget a retroceder más y más hasta que tropezó en una butaca. Entonces dio la vuelta y

pretendió escapar por la puerta de servicio que daba a un corredor secundario. Consiguió abrirla, pero Stephane le había alcanzado ya y le sujetó por las sópalas de la chaqueta, levantándolo del suelo.

—Yo no robé ese dinero, Lloget, ni mucho menos disparé contra Marchal. Lo hizo otro... Otro que sabía que Marchal estaría allí aquella tarde. Que haría arqueo de la caja y por lo tanto la tendría abierta.

—¿Qué... insinúa?

—¿No lo adivina, Lloget?

—Está usted loco. Suélteme... Yo no...

—Cállese. Usted confesará. Dirá a la policía que estuvo allí aquella tarde, puede que no pensara en matar a Marchal, pero tuvo que hacerlo... ¿Dónde guarda la pistola? ¡Vamos!

—¡Suélteme! Yo no lo hice. Fue usted y ahora busca a un culpable para verse libre.

Stephane soltó al subdirector, pero fue para abofetearle sonoramente en ambos carrillos.

Entre lívido y enrojecido por la violencia de los golpes. Pierre Lloget retrocedió cuando la mano derecha de

Stephane buscaba nuevamente sus mejillas.

Volvió a pegarle pese a que el otro quiso hurtar el rostro.

Es usted un canalla, Lloget. La culpa de que Marchal no pudiera tragarme en parte es suya... Coincidimos algunas veces en bares que yo sí podía frecuentar, pero usted no, porque usted tiene obligaciones y necesita mucho dinero... Yo podía hacerle sombra, ¿verdad, infeliz? Pensó que podía llegar a ocupar su puesto. ¡Imbécil! Nunca me ha interesado trabajar en el Banco. ¡Nunca! Pero usted temía por su puesto. No es usted lo suficientemente competente para estar seguro de poder seguir calentando el sillón que le dieron...

Hizo una pausa, aunque sin dejar que Lloget pudiera replicar lo más mínimo.

Y continuó atacándole, cuando a espaldas suyas la puerta de servicio comenzó a abrirse ligeramente.

—¿De dónde saca el dinero para llevar su tren de vida y para pagar el lujoso sanatorio para millonarios donde tiene a su mujer? ¡Hable! ¡Hable o le partiré la cabeza, Lloget!

Levantó la mano amenazador. Lloget no podía retroceder porque

estaba atrapado contra la puerta del salón. Tampoco podía pasar a la cocina porque Stephane le cerraba el paso.

—Me revientan los tipos como usted. Y encima quiere que yo cargue con las culpas.

—Yo no lo hice, se lo juro... Se lo...

No continuó. Había visto al hombre que acababa de entrar furtivamente.

Stephane intuyó el peligro demasiado tarde, cuando el recién llegado, con un objeto que sacó del bolsillo rápidamente, descargó un tremendo golpe contra la cabeza del ex empleado.

Stephane cayó con los ojos en blanco, inconsciente a consecuencia del golpe.

El recién llegado guardó el objeto. Era una porra de goma que debía llevar siempre consigo.

Luego mirando a Lloget, el recién llegado murmuró:

—Pensé que estaba en un apuro... Espero que me lo agradezca, señor Lloget.

—¿Usted? —inquirió asustado el propietario del piso, mirando a su inesperado salvador.

Y el recién llegado acentuó su sonrisa.

—¿No me esperaba?

—Le dije que no viniera por aquí...

Bueno. Usted lleva algún tiempo sin ponerse en contacto conmigo. Y yo no puedo esperar más. ¿Lo sabe, verdad? ¿O es que ya no recuerda su vieja deuda?

—Sí, sí, pero ahora...

El hombre examinó a Stephane y preguntó, dando un giro a su conversación:

—¿Quién es?

—Un ex empleado del Banco.

—¡Ahí! Bueno, sigamos con lo nuestro.

Lloget estaba más pálido que cuando estuvo frente a Stephane recibiendo sus golpes.

El hombre que tenía ante sí tenía unos treinta y tantos años y un detalle muy peculiar. Su pelo. Un pelo endiabladamente ensortijado.

CAPITULO XII

Cuando Stephane despertó, la policía estaba en la casa.

Lloget tampoco había salido muy bien parado. Tenía señales en el rostro y daba la sensación de haber recibido una soberana paliza.

Stephane trató de aclarar sus ideas, de recordar.

En principio estaba seguro de que él no se había excedido con Lloget. Le había propinado unas cuantas bofetadas, pero aquellas señales que el subdirector tenía en el rostro no se las había hecho él.

El inspector Lebonnet le recriminó por ello.

—Este no es el mejor camino a seguir, señor Larin. No debió atacar al señor Lloget. Esto es un delito. ¿Por qué lo hizo?

—Mire, inspector... Hablemos con calma. Yo no le puse así, y no porque ese tiralevitas del demonio no lo mereciera...

—¡Mentira! Fue él... Empezó a golpearme — espetó Lloget con vocecilla infantil y asustada.

—No lo he hecho, Lloget, y usted lo sabe, pero la próxima vez le aseguro que no será otro quien haga el trabajo por mí — repuso duramente Stephane.

—Bueno. Absténgase de amenazar... ¿Qué ha pasado?

—Que lo explique él, puesto que sabe quién me golpeó...

¿Había otra persona en la casa? — preguntó el inspector.

—¡No! — se apresuró a negar Lloget —. Estábamos solos. Solos él y yo.

¡No mienta, Lloget! A mí me golpearon por la espalda— atajó Stephane.

—No es verdad — mintió el propietario del piso.

—Bueno, bueno, cálmense los dos —adujo el policía.

Lebonnet se armó de paciencia y murmuró:

—Vamos a empezar... Usted, señor Lloget, ha declarado que el señor Larin le sorprendió cuando usted estaba abriendo la puerta del piso...

—Y es verdad —asintió el aludido.

—¿Tiene algo que objetar, Larin? —inquirió el policía.

—No.

—¿Qué más? —instó el policía a Lloget.

—Comenzó a pegarme, acusándome del asesinato del señor Marchal.

—¿Lo admite, Larin? —inquirió Lebonnet, volviéndose hacia el joven.

—Lo admito.

—¿Y con qué derecho le acusó usted y agredió al señor Lloget, allanando su morada?

—Oiga, inspector, mire... Ustedes tienen sus métodos y yo los míos. Andan tras de mí esperando que dé un paso en falso. Un paso que no puedo dar porque yo nada tuve que ver en lo del atraco. Y entretanto pierden el tiempo mientras el verdadero culpable debe estar gastando alegremente su dinero. O lo ha invertido ya, o lo tiene bien escondido—. Las dos últimas observaciones las hizo mirando intensamente a Lloget.

—¿Se da cuenta, inspector? ¡Me acusa a mí!—protestó el subdirector.

Bueno, bueno, basta ya —y con estas palabras Lebonnet cortó la discusión y el interrogatorio. Luego invitó a los dos hombres que le acompañaran a la comisaría para firmar sus respectivas declaraciones.

En el despacho de Lebonnet, el inspector habló a solas con Stephane.

—¿Insiste usted en que había otra persona?

—Entró furtivamente. Recuerdo que cuando Lloget pretendía huir por la puerta de servicio, ésta quedó abierta. Por allí debió entrar la persona que me golpeó.

—Y que según su versión luego debió ensañarse con el pobre Lloget.

—¿Pobre? —repuso con sorna Stephane.

Le han golpeado bien. Afortunadamente para usted, no quiere denunciarle. Esto le libra de comparecer ante un juez... al menos por el momento. Oiga un consejo, Larin: todavía no se le ha acusado formalmente de lo ocurrido en la sucursal del Banco de Grenoble. Sigue usted libre. Pero si vuelve a andar por ahí molestando a los ciudadanos respetables le aseguro que con o sin denuncia le encerraré. Suelo ser muy paciente, no haga rebosar el vaso de mi aguante. ¿Me ha comprendido?

—¿Por qué no interroga a fondo a Lloget y le hace soltar de dónde saca el dinero para atender a sus obligaciones?

—¿A qué se dedica usted, Larin? — preguntó Lebonnet sin perder la calma.

—Ya se lo dije. ¿No lo recuerda? Negocios.

—Bien... pues dedíquese usted a sus... «negocios» y deje que yo me dedique a lo mío. ¿Me ha entendido?

Ahora váyase.

Stephane se levantó para dirigirse hacia la puerta. Lebonnet volvió a llamarle, para mostrarle algo.

¡A propósito! Hemos encontrado esto — y le mostró una pistola automática.

El ex empleado del Grenoble retrocedió y examinó el arma con indiferencia.

—¿Quiere saber dónde la hemos encontrado? — añadió el policía.

—No me gusta jugar a los acertijos.

—Yo se lo diré. Un nuevo reconocimiento en los alrededores del Banco nos ha permitido dar con este chisme... Es el arma que mató a Marchal. ¿No la había visto antes de ahora?

Stephane observó cómo el policía estaba pendiente de sus más mínimas reacciones.

—No es mía, si es lo que quiere saber. Yo nunca he tenido un revólver.

—Es una pistola — rectificó Lebonnet.

Stephane se encogió de hombros.

—No hay huellas. Han sido borradas... El asesino al huir la tiró y quedó escondida en los hierbajos que crecen en el solar. Fue muy hábil... Lástima que no tirara también el dinero... En fin, puede marcharse.

Ya estaba en la puerta cuando Lebonnet volvió a llamarle como si repentinamente hubiese tenido una corazonada.

—¡Larin...! ¿Tiene usted por casualidad alguna peluca en su casa?

—¿Eh?

—Hoy no es tan extraño que los hombres lleven pelucas. Antes era cosa de mujeres, pero los tiempos cambian.

—Inspector, cuando registraron mi casa tuvieron tiempo sobrado para encontrar lo que quisieran. ¿Encontraron la peluca?

—No. No la encontramos. Por eso se lo pregunto. Es que... ¿Sabe? Alguien vio huir a cierta persona de determinadas características...

—¿Y cómo se supone que era esa peluca? —sonrió Stephane casi divertido.

—Pelo ensortijado. Las venden en las casas especializadas.

Pues vaya, preguntando. Adiós, inspector. Le aseguro que por ese camino no llegará nunca a comisario.

Y salió dejando abierta la puerta.

Fue al salir de la comisaría, cuando para dirigirse a su casa empezó dando un paseo para aclarar sus ideas y pensar en lo sucedido. Sobre todo en la persona que le golpeó.

Entonces relacionó las palabras de Lebonnet referentes a la peluca ensortijada.

Era una mezcla de ideas la que bullía en su cabeza, que le llevaron hacia una visión retrospectiva de algo que recordaba fugazmente.

Fue hace tiempo, cuando todavía trabajaba en el Banco y por las noches, cuando no estaba citado con Larisse frecuentaba algunos bares alegres.

—Si...En alguno de aquellos bares había visto a Pierre Lloget... y al subdirector le había faltado tiempo para comunicárselo a Marchal y de este modo poder despotricar de él.

Si. Porque Lloget era cierto que tenía miedo de Stephane, de su inteligencia. Sabía que si él — Stephane — hubiese puesto interés en el trabajo, habría ascendido rápidamente con lo que su puesto podía peligrar.

Por otra parte, si Stephane se comportaba dignamente de acuerdo con la conducta y principios de Marchal, Marchal no

hubiese vacilado en apoyar a Stephane, en ayudarle... y hasta en ver con buenos ojos que un joven de buenas cualidades físicas y morales se enredara con su hija en un noviazgo serio.

Marchal presumía de conducta intachable, tema principios que podían juzgarse anticuados, pero era hombre cabal y deseaba que todos fuesen así, aunque el signo de los tiempos hubiese variado en relación con la época de su juventud.

Lloget sabía que Marchal jamás admitiría por las buenas en el seno de su familia a un tipo que parecía desinteresarse por todo y que sólo pretendía «vivir su vida».

Si, Lloget dejó de temer a Stephane cuando pudo irle con el cuento al director de la sucursal, de que el joven pasaba la noche en ciertos bares de mala nota, porque sabía que esto le desmerecería totalmente a ojos de Marchal y además, jugaba con la carta de la amistad que le unía con el asesinado director.

Stephane dejó a un lado esas consideraciones que ya se había formulado otras veces para centrarse en el asunto...

Una peluca ensortijada...

¿No había visto acaso alguna vez a Pierre Lloget hablando con un tipo que tenía el cabello ensortijado.

Forzó su mente tratando de recordar si lo había visto de veras o era fruto de una asociación de ideas...

¡No!

Lo recordaba algo mejor ahora. No sabía si Lloget había hablado con el tipo en cuestión, pero podía asegurar que estaba en un bar... Era tipo de mirada y sonrisa cínicas... ¡Y llevaba el pelo ensortijado?

¿Dónde fue?

¿ En qué bar?

Tendría que averiguarlo.

Stephane tenía la sensación de que la suerte comenzaba a favorecerle...

CAPITULO XIII

Stephane pasó la noche recorriendo algunos bares. Llevaba ya algún tiempo sin hacerlo y como no tenía por costumbre ir siempre a los mismos con la asiduidad con que suelen hacerlo algunos, tuvo que tomarse varios whiskys mientras seguía su peregrinación.

Entraba, pedía de beber y observaba el ambiente.

¿Dónde había visto a Lloget con el hombre del pelo ensortijado?

No podía recordarlo, porque jamás entretuvo sus pensamientos acordándose del subdirector. Para Stephane, Lloget era un ser insignificante y ridículo, vulgar, estúpido, alguien a quien no merece la pena ni tener en cuenta.

Sin embargo, ahora hubiese dado cuanto tenía para recordar dónde...

Sus pensamientos se borraron al fijarse en aquel tipo.

Quizá no hubiese reparado en él, pero era el hombre al que estaba viendo quien primero le había observado detenidamente.

¡Y llevaba el pelo ensortijado!

Lo que Stephane no sabía es que se trataba del mismo tipo que le había golpeado en casa de Lloget.

Stephane sentía la cabeza un poco pesada a consecuencia de la media docena de whiskys que había ingerido.

Estaba acostumbrado a beber, pero lo hacía cuando le apetecía, sobre todo cuando estaba bailando, que podía sudar el líquido sin que hiciera mella en él. Ahora aún en buenas facultades, se notaba un tanto embotado.

Hizo intención de dirigirse hacia aquel hombre, y el tipo se escabulló entre la gente que animaba el local.

A Stephane ya no le cupo la menor duda de que el del pelo rizado le huía. ¿Por qué?

Ahora mismo iba a cuidar de averiguarlo.

Vio cómo su perseguido se dirigía hacia la puerta de los servicios.

Stephane conocía el bar, su configuración, aunque no fuese un cliente asiduo al mismo.

Le siguió a través del corredor que arrancaba tras la puerta y que conducía a los servicios para los hombres y las mujeres, y también a ciertas dependencias privadas de la casa.

Stephane pudo llegar a tiempo a ver cómo el tipo del pelo rizado trasponía el umbral de la puerta del fondo que comunicaba con el almacén.

Era un cuartucho no muy grande donde se amontonaban los cajones de botellas vacías.

Había otra salida que daba a un patio. La corriente de aire indicó a Stephane en medio de la oscuridad que su perseguido se había largado por el patio.

Se aproximó a la puerta para ir tras él cuando más que verla, intuyó la sombra amenazadora que se abalanzaba sobre su cuerpo.

Esquivó el golpe comprendiendo la estratagema del tipo al que seguía.

Se había escondido entre las cajas para sorprenderle por la espalda.

Fugazmente, al esquivar un nuevo golpe, habituados ya sus ojos a la oscuridad, creyó descubrir la porra con la *que* su antagonista pretendía sacudirle.

Entonces asoció la porra con el golpe recibido y masculló.

—¡Fuiste tú...!

El otro trató de descargar un tercer golpe, pero la mano derecha de Stephane se aferró al brazo de su rival y consiguió retorcérselo, arrancando al otro un grito de dolor.

La lucha continuó sin palabras.

La música del electrófono de la sala ahogaba los golpes de las cajas que cayeron al suelo durante el forcejeo.

El del pelo rizado consiguió desprenderse de la llave de que le hacía objeto Stephane e intentó recular.

Stephane le alcanzó de nuevo y pudo conectarle un golpe que sólo alcanzó de refilón el rostro adversario.

La oscuridad favorecía a todos por un igual, a la par que era un serio handicap para poder luchar a gusto.

Stephane recibió un golpe en el pecho que no llegó con la suficiente fuerza para hacerle perder pie.

Devolvió el golpe a bulto y se hizo a un lado cuando algo se tambaleó sobre su cabeza.

Su enemigo había derribado un montón de cajas, pero Stephane logró evitar que le alcanzaran.

Corrió saltando por entre los obstáculos en persecución a la sombra que huía.

Su antagonista rehuía la lucha para escapar, esta vez en serio, por el patio.

Stephane tras saltar por encima una barrica de roble alcanzó la salida cuando el del pelo ensortijado, después de salvar varios montones de desperdicios, intentaba huir por una puerta que daba a la calle.

Cuando logró salir, su perseguido enfilaba la calleja en ligera cuesta. Stephane corría algo más que el del pelo rizado y logró aminorar distancias.

El otro sin embargo, se metió por un corredor que cruzaba hasta otra calle.

Las pisadas de ambos hombres resonaban dentro del estrecho reducto.

La carrera se prolongó por espacio de diez minutos, hasta que jadeante, el del pelo rizado se detuvo en una plazoleta.

Stephane se aproximó más entero, pero igualmente cansado.

Su enemigo extrajo entonces un objeto del bolsillo. Se produjo un ruido característico y en seguida a la lejana luz de un farol brilló un destello.

Stephane comprendió que su enemigo esgrimía una navaja automática.

Tomó precauciones mientras el otro se disponía a pasar al ataque.

Los dos hombres se midieron con sus miradas.

Cada uno estaba atento al menor movimiento del otro.

Stephane no dejó de acercarse con los brazos separados del cuerpo.

Por su parte el del pelo rizado, con las piernas separadas y la navaja presta a ser utilizada, parecía ducho en aquella clase de lides, en la que en esa ocasión, además, tenía la ventaja de tener ante sí a un enemigo desarmado.

Stephane hizo un amago de seguir adelante y el otro pasó al ataque con golpes rápidos.

Cualquiera de aquellos golpes, si alcanzaban a Stephane podían restarle facultades, dado lo afilado de la hoja de acero.

Stephane sin embargo, pudo esquivar hábilmente, demostrando que su cuerpo poseía la esgrima de un púgil.

Cuando el otro, agotado, quiso asestar un golpe al pecho de Stephane, éste se hizo a un lado y consiguió sujetar el brazo armado de su enemigo entre el suyo y su cuerpo. Hizo un quiebro para retorcerle el antebrazo.

El otro aulló salvajemente y soltó la navaja.

Stephane quiso apartarla con un patadón, pero el del pelo ensortijado se lanzó raudo a los pies de Stephane, tiró con fuerza de ellos y consiguió hacerle caer hacia atrás.

Rodaron los dos por el suelo, sobre el adoquinado, luchando ahora por la posesión del arma.

El del pelo rizado logró alcanzarla y accionando con fuerza la mano consiguió herir a Stephane en la espalda y en los brazos.

Stephane sentía correr la sangre caliente por diversas partes de su cuerpo. Notaba también el dolor de aquellas heridas, pero procuraba volver a dominar la situación para no perder irremisiblemente la lucha.

El otro iba a asestarle un golpe definitivo al tiempo que se soltaba.

Stephan pudo esquivar, e incorporándose de un salto alcanzó con los puños el cuerpo de su peligroso enemigo.

Desarbolado momentáneamente, el otro quedó a merced de Stephane, que continuó su castigo.

Sabía que el resultado de la lucha dependía del factor tiempo, porque la debilidad comenzaba a hacer presa en él.

Su enemigo reaccionó y tratando de zafarse del salvaje acoso a que le sometía Stephane lanzó al aire varios golpes.

Stephane sintió nuevos pinchazos en su carne, y jadeante se impuso finalizar como fuera el combate.

Pero ahora el otro atacaba con fiereza.

Stephane pudo esquivar al tiempo que le sujetaba bien el brazo.

Los dos estaban agotados.

Stephane sin embargo, logró desviar la navaja, que se hundió en la carne del tipo del pelo rizado.

Este lanzó un grito y él mismo se quitó el ensangrentado cuchillo, retrocediendo lentamente, sujetándose la herida con la mano como si quisiera evitar la pérdida de la sangre.

Stephane, jadeante, y herido también, aspiró una bocanada de aire intentando reponer fuerzas.

El navajero huyó encorvado calle arriba perdiéndose en la oscuridad.

Stephane intentó seguirle pero consideró que ya no le sería posible.

Sentía la caliente viscosidad en todo su cuerpo y no podía precisar en qué parte le dolía más.

Pero ahora ya conocía a su enemigo y sabía que podría encontrarle otra vez...

CAPITULO XIV

Stephane deambuló tratando de orientarse. Había perdido casi la noción de dónde se hallaba.

Tenía que hacer grandes esfuerzos para no desmayarse a consecuencia del dolor.

También evitaba pasar por calles transitadas. No quería llamar la atención en su estado.

De pronto se dio cuenta de que el barrio no le era desconocido.

Observó la silueta de los edificios de reciente construcción.

Allí en uno de aquellos apartamentos vivía Chantal cuando se hallaba en París.

Pero no... No podía ir a su casa. Aunque ella estuviera, no podía ir después de lo ocurrido.

Pero por otra parte, sabía que no tendría fuerzas bastantes para llegar a la suya.

Decidió no ir. Intentaría llegar a toda costa en un taxi aunque el chófer recelara.

Enfiló por la calle donde vivía Chantal, tenía que pasar por allí forzosamente para ver si tenía la suerte de hallar el taxi que necesitaba.

Cada vez se le hacía más penoso andar.

Se detuvo en uno de los portales al ver que un coche se detenía.

Pegado al portal, su espalda se deslizó hasta quedar casi sentado.

Del coche recién parado surgieron risas y comentarios. Stephane aguzó el oído.

Había reconocido la voz de Chantal.

Era ella la que bajaba del auto y se despedía de los que le habían acompañado.

Sí, era ella.

— Hasta mañana, chicos... No, no, nada de subir. Estoy cansada, de veras.

Todavía Stephane pudo escuchar algunos comentarios más. Luego ella se alejó hacia el portal, mientras abría el bolso para extraer la llave de la puerta.

El coche arrancó.

Chantal se volvió un momento hacia donde se encontraba Stephane, como si tuviera el presentimiento de que alguien la estuviera observando.

Al ver al hombre acurrucado no pudo reconocerle debido a la insuficiente luz.

Ella se apresuró a dirigirse a su puerta como si la presencia de aquel ser acurrucado le hubiese inspirado un repentino miedo.

Pero algo la hizo volver, una rara intuición, y al fin decidió acercarse.

—¡Oh! — exclamó al reconocerle.

El no dijo nada. Estaba al límite de sus fuerzas.

* * *

Cuando despertó sintió escozor en todo el cuerpo.

Miró en derredor y reconoció perfectamente, la habitación.

Las luces permanecían abiertas y alguien trajinaba al otro lado de la puerta.

Se dio cuenta de que tenía el torso desnudo y sobre la mesilla de noche había una palangana y apósitos. Ella le estaba curando.

Consultó su reloj y comprobó que su inconsciencia no había durado más de quince minutos.

Chantal no tardó en aparecer en el umbral.

Al verle a él despierto se detuvo.

Luego los dos se miraron en silencio.

—Gracias por ocuparte de mí — murmuró Stephane.

—No voy a hacerte preguntas — repuso ella con sequedad.

Avanzó para seguir curándole.

Luego siguió un silencio.

Lo rompió ella al terminar.

—Hice lo que pude, pero convendría que te viera un médico.

—Me encuentro mejor.

—¿Estás huyendo, verdad?

—Todavía no. No te hagas ilusiones.

Sonrió. Ella le miró fijamente.

—Te denuncié, ¿sabes?

Lo dijo tranquilamente. El amplió su sonrisa.

—Lo suponía.

—Me extraña que no te hayan encarcelado.

—¿Por qué iban a hacerlo?

—Vi cómo depositabas el maletín con el dinero en la consigna.

—¿De veras? Bueno, tomé mis precauciones — y añadió —:

Alguien cambió el contenido. ¿Se lo dirás también a la policía?

Chantal guardó silencio.

—¿Si me odias tanto por qué me ayudas? — inquirió él.

—No hagas ciertas preguntas a las mujeres, Stephane, porque no existe respuesta.

—¿ Arrepentida?

—¡ Oh, vete al infierno!

—Chantal... Éramos buenos amigos... ¿Por qué trataste de complicar las cosas...?

—¿ Por qué la prefieres a ella? ¿Qué puede darte que yo no tenga?

—No todo es amor físico.

—¡Vete al demonio! Y no te quiero en mi casa. Tarde o temprano la policía te detendrá. Si no significa nada para ti no quiero tener complicaciones.

—No pensaba quedarme, Chantal — repuso Stephane, incorporándose con cierta dificultad—. De todos modos te agradezco lo que has hecho. Me siento algo mejor.

—¡Espera! No irás muy lejos. Yo sólo te he puesto desinfectante. Pero algunas heridas necesitan algo más. Tiene que verte un médico.

—Gracias por el consejo — trató de ponerse la camisa, pero no consiguió hacerlo. Ella tampoco le ayudó...

—Puedes esperar.

—¿A qué?

En aquel momento llamaron a la puerta.

Stephane cambió una mirada con la muchacha. Ella pareció algo turbada.

—¿Esperas a alguien?

La llamada se repitió con insistencia.

Con la camisa a medio poner, Stephane se aproximó al umbral. Ella parecía dudar en contestar.

—Bueno. Ve a abrir.

—Debe ser... el inspector Lebonnet — murmuró ella.

—¡Maldita sea! ¡Le has llamado!

—Me... Me asusté al ver que no te recobrabas... No podía hacer otra cosa. Además, ya te dije que no quería complicaciones.

—Ya me extrañaba a mí tanta generosidad.

—Pude haberte dejado tirado. Yo no pensé en avisarles al principio, pero repito que me asusté... ¡Oh! Cree lo que quieras. No me importa — y acudió a la puerta cuando el timbre sonó por cuarta vez con mayor insistencia.

No tardó en aparecer el inspector, con uno de sus ayudantes.

—¡Adelante, inspector! ¿Quién iba a decir que volveríamos a vernos tan pronto, eh? — repuso con expresión jovial el herido.

Lebonnet se aproximó para examinar el torso y brazos de Stephane lleno de rasguños, de parches y de vendas sangrantes.

—¿Quién le ha hecho esto?

—Un amigo al que no veía desde hace años. Tiene uñas de tigre.

—Déjese de tonterías. Eso son heridas producidas con arma blanca. Una navaja sin duda.

—Es usted un lince.

—Voy a llamar una ambulancia.

—Le advierto que estoy perfectamente.

Lebonnet hizo un gesto a su ayudante que se dirigió hacia el teléfono para pedir la ambulancia.

—Si puede hablar, es mejor que empiece por el principio, Larin...

—¿Delante de testigos? No, gracias. Uno ya no sabe de quién puede fiarse.

—Me está usted causando demasiados problema...

—Le aseguro que no es mi intención causárselos.

El ayudante colgó, anunciando:

—La ambulancia estará aquí dentro de cinco minutos.

* * *

Las heridas no eran ciertamente graves, pero fue necesario atenderlas debidamente.

La prescripción facultativa fue una semana de reposo como mínimo, ya que de lo contrario Stephane corría el riesgo de que el pronóstico se convirtiera de verdad en grave.

Curado ya e instalado en una habitación privada, Lebonnet logró saber lo ocurrido.

Cuando Stephane le habló del individuo del pelo ensortijado, el policía pidió a su ayudante que fuera a la comisaría a buscar las fotografías que anteriormente habían sido mostradas al ordenanza para ver si esta vez había más suerte.

—Antes de veinte minutos las dos fichas policiales estaban en el hospital y Stephane pudo ver los rostros de frente y de perfil de los dos hombres.

—Este es —dijo señalando a uno de ellos.

—Anastas—murmuró el inspector.

—¿Se llama Anastas?

—Si... Y esto concuerda con algo... excepto que... — El inspector no dejó traslucir sus pensamientos, pero pensaba en lo que había comentado con el comisario sobre que Anastas no se dedicaba a los Bancos, y que últimamente parecía llevar una vida lejos de lós aunque se ignoraran sus medios de vida.

Súbitamente preguntó:

—¿Está seguro que vio a Anastas con Pierre Lloget?

—¡Vaya! Por fin parece que empieza a creermme, inspector.

—No le creo ni le dejo de creer. Si ha mentido, peor para usted. Daremos con Anastas y le haremos hablar.

—Hubiera preferido ventilar a mi modo este asunto, pero si se lo toman en serio, puesto que estoy de vacaciones forzosas... ya me enteraré por los periódicos de sus progresos.

—No debería menospreciar tanto a la policía, Larin. Puede necesitarnos. Es más, nos necesita. Anastas es de los que no perdonan... Tarde o temprano le encontrará usted... a menos que nosotros intervengamos a tiempo.

—Escuche, inspector... Yo no sé qué se traen entre manos Anastas y Lloget, pero sí tuvieron algo que ver con el atraco al Banco, no confíe que confiesen. Al menos Lloget. Se juega mucho en esto.

El inspector se decidió a dejar al herido. Y Stephane antes de que el policía saliese de la habitación le llamó.

—Oiga... La prensa no fue muy explícita en ese asunto... En cambio usted me ha traído la foto que correspondía al tipo... ¿Tenían algún indicio?

—¿Por qué quiere saberlo?

—Bueno. Por nada.

—Jules Dassin. ¿Le conoce usted verdad?

—¿El ordenanza? ¡Es verdad! Leí que se había roto una pierna persiguiendo al ladrón, pero no decía nada más.

—Dijo haber visto a un hombre parecido a Anastas.

—¿No lo identificó?

—No. No pudo reconocerlo en la foto.

—¡ Ah! Y ustedes ocultaron la noticia para no espantar la caza, ¿eh?

El inspector se volvió de espaldas a la puerta.

—¿Por qué diablos me acosan a mí entonces?

—Porque todavía no ha dejado de ser un sospechoso, señor Larin — contestó tranquilamente el inspector, alejándose definitivamente.

* * *

A la mañana siguiente Lebormet tuvo un cambio de impresiones con el comisario Legrain.

—No sé qué pensar — decía el primero—. Chantal, ese misterioso maletín que sólo contenía prendas femeninas. Anastas y el subdirector del Banco.

—¿Ha interrogado ya a Lloget?

—Todavía no. Espero encontrar a Anastas. Lo están buscando. Si está mal herido como ha dicho Larin, debe estar escondido en casa de algún amigo.

—Dé una batida con todos los hombres que necesite.

—Gracias, señor. Pensaba pedírselo. ¿Hay alguna otra novedad de Niza?

—Nuestros colegas están haciendo un informe de las amistades de Larin en aquella ciudad, y de su vida. He pedido que activen el asunto y procuren no dar publicidad.

—Bien, señor, iré a echar un vistazo por ahí, para ver si los muchachos han tenido suerte con Anastas.

* * *

Anastas no fue hallado hasta tres días más tarde. Con la ayuda de algunos confidentes logró darse con el paradero del delincuente.

Estaba en una casa de las afueras donde le había sido practicada una cura urgente y necesitaba cuidados profesionales.

Anastas estaba bastante mal y fue trasladado en una ambulancia a un hospital distinto al que se hallaba Stephane y el ordenanza.

Aquella misma noche Lebonnet se presentó en casa de Pierre Lloget en visita oficial.

Lloget se puso lívido al ver al policía en su casa.

Y su palidez se tornó marmórea cuando Lebonnet le dijo:

—Un hombre llamado Anastas ha sido detenido. Tiene una cuchillada en el cuerpo que se la hizo peleando con Stephane Larin.

—¿Eh?— evidentemente el subdirector no sabía qué contestar.

—Señor Lloget, necesito que me acompañe usted a la comisaría.

—Yo, pero...

—Sabemos que usted tenía ciertos asuntos con Anastas. Tendrá que aclararlos.

Lloget bajó la cabeza. En aquellos momentos era un hombre vencido.

CAPITULO XV

Una hora más tarde Pierre Lloget declaraba;

—¡i No! ¡Juro que yo no cometí el robo! ¡No terco nada que ver con la muerte de Marchal! Marchal era mi amigo.

—Entonces... ¿Que clase de negocios le unían a Anastas?

Vaciló Lloget antes de contestar. El propio comisario insistió.

—Vamos, vamos, señor Lloget. Anastas lo ha dicho. Usted y él trabajaban juntos... En algo no demasiado legal. ¿Qué es?

El interrogatorio se prolongó.

Lloget no era un profesional y además estaba asustado, no tanto quizá por su delito como por el descrédito que iba a caer sobre su persona y las consecuencias que de todo ello podrían derivarse.

Otros agentes entretanto estaban en el hospital donde había quedado internado Anastas, para sonsacarle.

Era de madrugada cuando Lloget explicó con lágrimas en los ojos, la crítica situación en que se encontraba por lo costoso del internamiento de su mujer en el sanatorio de lujo.

Durante las horas que permaneció allí y las que precedieron a su interrogatorio algunos agentes ya habían redactado un informe parcial, ayudados por las anteriores declaraciones de Stephane relativas a haber visto al subdirector en ciertos bares.

Lebonnet sin ensañarse demasiado, recordó a Lloget:

—Pese a su escasez de fondos usted frecuentaba ciertos bares alegres, donde las consumiciones cuestan treinta francos y también invitaba a las chicas...

—Bueno yo... Vivo solo y...

—De acuerdo, de acuerdo... ¿De dónde salía ese dinero?

—Anastas me propuso un negocio...

—¿Qué clase de negocio?

Le costaba confesar porque iba a echar por tierra su forma de vida en la que falsamente se había apoyado.

Al fin con palabras entrecortadas murmuró:

—Yo... Yo no le conocía de nada. Me lo presentó una de las chicas... Le dijo que yo trabajaba en un Banco y...

Otra pausa para añadir:

—El tenía un montón de francos...

—¿Francos?

—Sí. Muchos... Parecían auténticos... Ni yo mismo pude... pude apreciar la diferencia. Se necesitaba ser un auténtico experto...

—Siga.

—Me dijo que si lograba cambiarlos en el Banco iríamos al cincuenta por ciento.

—¿Ese era el negocio? Usted... se prestó al juego.

—Al principio dije que no, pero las necesidades eran cada día mayores y yo... pensé que mezclando algunos billetes en los fajos de cien... podrían... disimularse.

—¿De cuánto eran los billetes?

—De diez francos.

—¿Cuántos pasó?

Aquí el subdirector calló largamente. No se atrevía a declarar la verdad, pero le instaron repetidamente a hacerlo.

—Cincuenta... mil.

—¿Cincuenta mil francos? ¿Circulan todos?

—No lo sé... No puedo saberlo.

—¿Seguro que sólo fueron cincuenta mil?

—Bueno... Luego me dio otros cincuenta, pero le pedí tiempo. No podía arriesgarme. El se impacientó y la otra noche vino a cobrar. Fue cuando encontró a Stephane...

—Volvamos a empezar — adujo el comisario—. Repita punto por punto su declaración y concrete lo del dinero.

Luego el comisario comenzó a dar órdenes en privado para que se diera a conocer la noticia a todos los puestos de policía. El asunto de la falsificación era grave.

Ahora hasta tanto Anastas no corroborara las palabras de Lloget y pudiera llegarse hasta la fuente de donde manaban los falsos

billetes, habría que estar alerta.

Y entretanto...

* * *

Aquella mañana Laura Marchal fue a visitar a Stephane, que previamente había recibido permiso para telefonarla.

—Parece que todo va por buen camino—dijo Stephane —. Espero que me dejen en paz, aunque esto va a producir un nuevo disgusto a tu madre.

—¿Lloget?— inquirió la muchacha.

—Algo oscuro oculta.

—¡Dios mío! Mamá aprecia mucho a ese hombre...

—Lo siento, querida. Me agredieron estando en su casa. Y esas caricias — señaló las heridas — me las proporcionó su amigo. Lloget lleva una doble vida.

Luego él procuró dar un giro a la conversación para concentrarse en problemas más personales.

Ahora Stephane tenía la seguridad de que le dejarían en paz. Sin embargo...

* * *

En Miza estaba sucediendo algo que Stephane no podía proveer. Era por la mañana.

Silvie, la gogo que a instancias de Stephane había retirado el dinero de la consigna de la estación de Niza, era objeto especial de atención por parte de la policía.

Ella no se daba cuenta y conducía tranquilamente su pequeño utilitario por la ruta al principado de Mónaco.

El auto marchaba a buena velocidad. Ella forzaba el motor porque le gustaba correr.

Un descapotable conducido por «un hijo de papá» zigzagueó delante de ella y luego la adelantó un buen trecho.

Ella sonriente y despreocupada aceleró a su vez.

Durante un rato ambos automóviles parecían jugar por la bien asfaltada ruta.

Pero tras una curva se interpuso el autocar. El descapotable hizo un brusco viraje hacia la izquierda para no ser alcanzado de lleno por el vehículo que venía en dirección contraria.

El autocar viró a la izquierda metiéndose materialmente sobre el utilitario de la gogo, que instintivamente dobló el volante hacia el lado contrario. Hacia el precipicio.

No pudo dominar el coche. Las ruedas delanteras sobrepasaron la cuneta y ya fue demasiado tarde para evitar la caída.

Silvie lanzó un grito espantoso y luego enmudeció mientras el auto rodaba, dando hasta tres vueltas de campana para quedar inmóvil en el fondo, abollado completamente, destrozado.

A Silvie la encontraron con los ojos desorbitados. Estaba muerta.

* * *

Tras la investigación en el lugar del suceso, la policía fue al hotelito donde se hospedaba la muchacha.

Allí entre sus cosas encontraron el dinero. Estaba envuelto en papel de periódico.

Posteriormente su compañera que compartía la habitación con ella sólo pudo declarar:

— Silvie me dijo que esto era de Stephane Larin. Creo que se lo

guardaba. No sé más.

No sabía más, pero para la policía ya era suficiente.

En París sacarían rápidas conclusiones de aquel hallazgo.

Pero el accidente por lo conocido de la simpática gogo había congregado un buen número de periodistas y la indiscreción fue inevitable...

CAPITULO XVI

Ciertos periodistas son muy hábiles en el arte de llenar espacios.

Una pequeña noticia en manos de un reportero sensacionalista puede «hincharse» desmesuradamente y quedar convertida en una verdadera novela.

Y la noticia apareció a cuatro columnas en media página y pasó a las agencias de la capital.

El comisario Legrain recibió el informe cuando los periódicos estaban ya en la calle.

—Hubieran podido ahorrarse la conferencia. Yo también leo los periódicos — reprochó a sus hombres.

Lebonnet pidió instrucciones.

—Dele un periódico a Stephane Larin — dijo el comisario—. Y vea qué cara pone. Por lo demás, considérelo detenido. Ponga vigilancia en su puerta, e interróguelo a fondo. ¿De acuerdo? ¡Espere! Quiero ir con usted. Si ya ha empezado la publicidad sensacionalista sobre este asunto, será preferible terminarlo cuanto antes.

Tanto el comisario como Lebonnet junto con otros agentes, salieron de la comisaría y en diferentes coches se dirigieron hacia el hospital.

Los acontecimientos se habían precipitado y no favorablemente para Stephane.

Y Stephane, que en su quinto día de estancia en el hospital (era aún la primera hora de la tarde) ya se sentía mucho mejor, aparte ligeras molestias producidas por las heridas, podía moverse casi a la perfección y deseaba salir de allí.

Recordó al simpático Jules Dassin, el ordenanza, y decidió hacer una excursión por los corredores del hospital en busca de su ex compañero del Banco.

Era el momento en que la policía salía de la comisaría camino del hospital.

Stephane recorría ya el primer corredor. Para no llamar la atención se había vestido.

Al cruzarse con una enfermera que no le conocía le preguntó por la habitación de Dassin.

—No conozco este paciente. El hospital tiene nueve plantas.

—Bueno... Tiene una pierna rota... — repuso Stephane.

—Entonces será en la quinta. Tres plantas más arriba — dijo la enfermera.

Stephane tomó un ascensor en el momento en que iba vacío y bajó a la planta que le había indicado la enfermera.

Se encontró con otro pasillo análogo al del piso segundo. Caminó hasta la bifurcación. Allí el corredor se desplegaba hacia derecha e izquierda.

Consultó con otra enfermera.

—¿Dassin? ¡Ah, sí! Está en una habitación reservada, Al final del corredor. Pero no son horas de visita. ¿Tiene autorización?

—¡Oh, claro! No me hubiesen dejado entrar. ¿No le parece? — sonrió Stephane con su peculiar manera que enloquecía a las muchachas. Y de paso le guiñó un ojo.

La enfermera no hizo más preguntas y Stephane llegó hasta la puerta iras la cual descansaba el ordenanza.

La policía haciendo sonar las sirenas de los coches no tenía que luchar demasiado con el tráfico, porque en agosto en París la circulación aun en horas de trabajo, es mínima a causa de las vacaciones masivas.

Stephane estaba ya junto a Dassin, que le miró sorprendido, dejando en el suelo el periódico que estaba leyendo.

—Larin...—musitó como si acabase de ver a un aparecido.

—¡Hola, colega! ¿Sorprendido, eh? Bueno... No se sorprenderá tanto cuanto sepa que navegamos en el mismo barco... aunque en forma distinta.

—No... No le comprendo — tartamudeó el ordenanza.

Stephane se sentó a la cabecera de la cama, pisando

sin querer el periódico, que recogió y dejó sobre una mesita.

—Démelo — pidió Dassin, refiriéndose al periódico—. Se me cayó y... en mi posición...

Stephane jugueteó con el diario mientras comentaba:

—Todo va por buen camino... Ya me dijo ese Lebonnet que usted había visto huir al asesino.

—¿Eh? — Dassin parecía sorprendido.

—Sí, hombre... Conozco la historia. ¿No sabe que querían colgarme el muerto?

—No. No... No sé nada...

—Usted dijo a Lebonnet que había visto huir a un hombre con el pelo ensortijado. ¿No?

—Pues... sí...

—Ya están sobre la pista de ese tipo. Gracias a él estoy aquí. Trató de acuchillarme, pero le salió el tiro por la culata. El ha salido peor librado que yo. Pero hablemos del asun...

Se interrumpió. Había mirado casi sin querer algo que llevaba el periódico.

Lo desplegó y empezó a leer:

«La muerte accidental de una gogo girl en Niza posible pista para descubrir al autor de un robo con asesinato».

Stephane leyó con interés lo que ya había empezado a temer.

Se le nombraba a él.

La gogo girl era Silvie por supuesto, y su muerte por el accidente sufrido ocupaba un mínimo espacio. El resto, como noticia de agencia, estaba íntegramente dedicado a la referencia del robo en la sucursal bancaria y al dinero hallado en casa de Silvie.

Se informaba de la cantidad encontrada como perteneciente a «un tal Stephane Larin».

Y Stephane dejó el periódico sobre la mesa.

— No — musitó.

El ordenanza miraba al joven con ojos atemorizados. Nada se dijeron, nada el uno al otro porque en aquel momento aunque algo apagada llegaba hasta el piso el sonido inconfundible de la señal de la policía francesa.

Stephane se aproximó a la ventana, la abrió y asomándose pudo ver a los coches policiales cruzar por la parte lateral del edificio para desaparecer hacia el lado frontal.

Cerró y miró en derredor como si tratara de hallar la solución.

Dassin le miraba en silencio. Stephane se dirigió hacia él.

— Escuche, Jules... Yo no tengo nada que ver... Necesito tiempo. ¿Comprende?

El ordenanza siguió sin responder, mientras Stephane salía rápidamente de la habitación y buscaba una salida de emergencia.

Los policías estaban ya en el hospital.

Stephane tomó uno de los montacargas que se utilizaban para el transporte de camillas y bajó hasta la primera planta del edificio.

Se mezcló entre el personal sanitario andando hacia la parte trasera del edificio.

Pensó que afortunadamente se había dado cuenta del peligro en el último segundo.

Y supo aprovecharlo, porque al fin encontró una salida lateral. Por allí desapareció antes de que la policía pudiera darse cuenta de su fuga.

* * *

Stephane sabía que no podía regresar a su casa porque iba a ser el primer sitio donde la policía iría a buscarle.

Había decidido huir porque consideraba que estando preso difícilmente podría demostrar su inocencia.

Sin embargo, no cesaba de preguntarse: ¿Por qué continuaban pensando en él cuando Ies había facilitado la magnífica pista de Pierre Lloget?

Cuando todo parecía aclarado, los periódicos en vez de anunciar la culpabilidad de Lloget era a él — a Stephane — a quien metían en primera plana.

Y en aquellos momentos la única persona que podía proporcionarle ayuda era Laura. Él le había contado la verdad, toda la verdad respecto al origen del dinero que tenía en Niza...

Subido a un autobús y atento a todos como si a partir de aquel momento cualquiera pudiera reconocerle y señalarle aunque su foto no había aparecido en los periódicos, pensaba en su situación.

No conocía las señas del abogado del alemán que le había entregado el dinero, pero se dijo que aunque supiera dónde encontrarle, de poco le serviría porque ellos no querrían comprometerse.

Si resultaba que el alemán tenía algo que esconder, jamás confesaría haberle entregado aquel montón de francos.

Ante todo necesitaba ganar tiempo. Mucho tiempo, o al menos el suficiente para poder demostrar la verdad, si es que pedía demostrarla alguna vez.

Acaso también el tiempo conseguiría ayudarle en forma de que la policía siguiera otras pistas.

Haciendo varios transbordos consiguió llegar a un teléfono público de la calle, cercano al domicilio de Laura. Desde allí la llamó.

* * *

Aquella tarde Laura, al volante de su coche llevaba a Stephane como pasajero.

—Creo que estás cometiendo una locura. Deberías decir la verdad — murmuró ella atenta a la ruta.

—Ya te he explicado por qué no puedo hacerlo, Laura... — repuso él.

—¡Pero es absurdo huir cuando se es inocente!

—Ahora es necesario que lo haga. La idea de dejarme en vuestra casa de campo es magnífica. Sería el último sitio en que la policía llegaría a sospechar.

—Sí, supongo que sí. Y allí podrás estar tranquilo. Mamá... después de lo ocurrido no piensa ir este año. No quiere moverse de casa.

Tras un silencio él aseguró:

—Daría cualquier cosa por descubrir al asesino de tu padre. Y te doy mi palabra que en estos momentos no es en mí en quien pienso...

La casa, una espléndida villa rodeada de pinos y jardín, poseía un pabellón aparte que era una auténtica vivienda. Stephane dijo que aquello le bastaba.

—Necesitaré provisiones.

—En casa las tenemos. A papá le gustaba no carecer de nada...

—No. No quiero nada. Tengo algún dinero aquí. Iré al pueblo a comprar algo.

—La casa está a cinco kilómetros. Demasiado lejos. Además, éste es un lugar donde se conoce todo el mundo, podrían seguirte... Por favor, utiliza lo que hay en casa. Yo vendré a verte y te traeré comida.

—Gracias por todo lo que haces, Laura. Nunca lo olvidaré.

La besó en la soledad del confortable saloncito del pabellón.

Había mi buen sofá. Se sentaron allí y lo olvidaron todo en alas del amor...

* * *

Por la noche los periódicos publicaban ya la fotografía del fugitivo.

Todo el París que no veraneaba supo quién era Stephane Larin y de qué era acusado.

También la prensa publicó la reseña oficial de los falsos francos introducidos a través de la sucursal del Banco de Grenoble por Pierre Lloget.

Días más tarde la noticia se amplió con el informe completo.

Según la noticia, Anastas se había hecho con los falsos francos procedentes de una antigua falsificación descubierta diez años antes.

«Hagamos un poco de historia...» — empezaba la noticia.

Y se refería a un famoso caso de falsificación ocurrido en 1962.

En aquella época logró descubrirse la guarida de unos monederos falsos que operaban con matrices tan idénticas a las oficiales, que costó muchísimo separar los billetes auténticos de los falsificados. Se recuperaron casi un millón de francos salidos de las falsas matrices, pero quedaron algunos sin aparecer, y con el tiempo y en vista de que se había perdido todo rastro, el asunto fue olvidándose.

Un antiguo miembro de la banda que logró escapar, recuperó el dinero, 250.000 francos, y trató de pasarlos en unión de Anastas... El miembro desapareció.

El periódico dejaba en la duda si Anastas lo había eliminado

para quedarse con todo el botín. En todo caso la policía trataría de averiguarlo. Lo cierto es que en el domicilio habitual de Anastas se encontró el resto del dinero que todavía no había entregado a Lloget para que lo cambiara en el Banco.

Todo, pues, quedaba bastante claro.

Lloget era culpable de un delito de complicidad en hacer circular moneda falsa. Delito agravado por su cargo en el Banco.

Ahora estaba encarcelado pendiente de juicio, tras el cual le esperaba una larga condena de acuerdo con las leyes penales de Francia.

Anastas se hallaba en idéntica situación.

El periódico donde Stephane leyó la noticia se lo había llevado aquella tarde Laura, cuando él llevaba ya tres días aislado en el pabellón.

—Mamá está deshecha. Parece que todo se vuelva contra nosotros — murmuró la muchacha.

Para Stephane había una cosa más importante:

—Si no fue Lloget... ¿Quién diablos robó el dinero? — comentó expresando en voz alta lo que estaba pensando.

CAPITULO XVII

Habían transcurrido tres semanas. Para Stephane el pabellón se había convertido en algo peor que una prisión.

Como disponía de televisión y estaba al corriente de las noticias, notó que empezaban a ocuparse menos de él y que los periódicos que le traía Laura tampoco mencionaban para nada su nombre. Entonces tomó la decisión de irse a Niza.

Una peluca rubia y unos postizos que le proporcionó Laura le ayudaron a transformarse.

Cuando estuvo convencido de que su faz no podría ser reconocida, se fue a París y tomó un avión. Un viaje rápido. No tuvo dificultades.

En Niza concertó una cita con el amigo de la inmobiliaria.

La entrevista tuvo lugar en un café.

Jean Luc Domaine se mostró sorprendido al hallarse ante un Stephane tan cambiado.

—Te ruego que confíes en mí, Jean Luc... No creas nada de lo que han venido publicando los periódicos...

Escúchame... Ese dinero es del tipo de quien te hablé. Un tal Wanhel. Rolf Wanhel. No concretamos nada, pero me dejó un depósito para formalizar una compra... — Le explicó lo ocurrido y concluyó—: Procura enterarte qué ha sido de Wanhel. Puede ser mi salvación.

—¿Por qué no dijiste esto a la policía?

—Vamos, Jean Luc, ya te he contado cómo fueron las cosas... ¿Por qué iba a perderme una buena comisión?

—Bueno. Veremos qué puedo hacer. ¿Dónde podré verte?

—No pienso estar siempre en el mismo hotel...

—Pero si nadie va a reconocerte de ese modo. Hasta a mí me ha costado...

—Aún así tomaré mis precauciones. Ya te llamaré yo.

—De acuerdo. Y otra vez procura elegir mejor a tus clientes...—
repuso Jean Luc.

Stephane tuvo que esperar tres días para recibir la descorazonadora respuesta de Jean Luc.

—Parece que hay lío de los gordos... Fingí que me interesaba por él como presunto cliente y no veas la de preguntas que he tenido que contestar. El tal Wahnél está complicado con tráfico ilegal de divisas... Mal asunto. Si sale de Francia tendrá que responder en su patria. ¡Menudo jaleo! Yo iría a la policía y explicaría la verdad.

—Me aterra perder mi libertad, Jean Luc...

—Ellos pueden probar que lo que dices es verdad.

—Y tendré que devolver el último dinero que me queda... Y es mío. Es mi comisión.

—Pero si el dinero es ilegal...

—No sé... Puede que todavía me hunda más. Tenía esperanzas en que todo pudiera aclararse. No, Jean Luc. Ni el alemán ni su abogado abogarán por mí. Preferirán perder el dinero antes de echarse tierra encima.

Había hecho una brusca transición abundando en lo que había sostenido siempre. En lo que había motivado su resolución de callar.

—¿Y no tienes idea de quién pudo cometer el robo?

—Creí tenerla... Pero mis sospechas sólo han servido para hacer un favor a la policía. Se han encontrado prácticamente con un caso resuelto, pero nadie se ha preocupado de resolver el mío... En fin... Seguiré pensando...

—Oye... Tengo un pequeño chalet. Es el que en principio sirvió de recepción de la urbanización. Me lo regalaron. Bueno, no es un palacio. Hay una habitación y servicios. Quince metros cuadrados. Peor es nada. Yo no lo utilizo. Allí nadie te molestará.

—Gracias Jean Luc. Creo que ya he abusado demasiado de Laura... Sí. Acepto tu proposición.

Los días pasaron largos y monótonos para Stephane.

Deseaba volver a París, volver sobre el terreno e investigar, investigar hasta el fin. Sólo así se vería libre de acosos y sospechas. ¿Pero por dónde empezar?

Por otra parte, tenía que andar con mucha cautela. Si le reconocían estaba perdido.

Pensó en un hombre. Quizá el único que podría ayudarle. Jules Dassin. El había visto al hombre del pelo ensortijado... ¿Por qué diablos la policía no hacía nada para encontrar a ese sujeto?

Bueno... Pensó que dado el tiempo transcurrido, Jules no tardaría en ser dado de alta. Esperaría. Esperaría un poco más...

* * *

Al cabo de unos cuantos días más Stephane llamó al hospital de París donde se encontraba el ordenanza. Con las líneas directas nadie sabía de dónde llamaba. Le informaron que Dassin había sido dado de alta el día anterior.

Stephane, siempre con su disfraz, tomó el avión y regresó a París.

En la capital buscó las señas de Dassin. Recordaba que en el Banco le habían llamado alguna vez por teléfono..., por lo tanto, si tenía teléfono podía dar con su dirección.

Al fin dio con las señas y se hizo conducir por un taxi.

Dassin no estaba en casa cuando Stephane llegó y tuvo que esperar bastante.

Al fin le vio llegar. Andaba apoyándose en un bastón. Esperó a que entrara en el portal para seguirle.

Cuando Dassin abrió la puerta de su modesto apartamento, Stephane le llamó.

El ordenanza mostró su natural sorpresa. Primero porque no le reconoció, luego cuando Stephane se presentó, la sorpresa de Dassin aumentó el doble.

— Dassin no tema. Le dije que yo no tenía nada que ver con aquello, pero necesito encontrar al culpable y creo que usted puede ayudarme, puesto que le vio.

Dassin permitió que Stephane pasara a su casa. Había bastante

desorden en la habitación de reducidas dimensiones. Era un saloncito donde una simple cortina separaba el ángulo donde el ordenanza tenía su cama. En otra parte había una mesa arrinconada que hacía las veces de estante para los cacharros. Un hornillo a gas y un armario de cocina ocupaban el rincón. Luego una mesa al centro, un par de sillas y una butaca desvencijada. Los servicios estaban en el corredor. No se podía pedir mayor funcionalidad.

Dassin ofreció un asiento a su visitante, pero Stephane mostró prisa por ir directamente al asunto.

—Ya dije todo lo que sabía a la policía, señor Larin. No sé cómo podría ayudarle. Si supiera algo más se lo hubiese comunicado al inspector...

—Lo imagino, Dassin, sin embargo, a veces hay detalles, pequeñas cosas que uno juzga triviales para comunicarlas de un modo oficial...

—No hay ningún otro detalle, señor Larin. Estoy seguro. Todo fue demasiado rápido.

—Pero usted vio a un hombre de unas características determinadas. Pudiera ser Anastas... Le enseñaron una fotografía... ¿Por qué no vuelve a pedirla?

—Anastas ya le caerá encima una buena condena... Con lo de los billetes falsos ya tiene para una buena temporada...

—¿Y quién le dice que aprovechándose de su amistad con su compinche Lloget no decidiera él o acaso los dos asaltar el Banco?

—No. No creo...

—Dassin, la condena por introducir billetes falsos en el mercado es dura, pero no tanto como la que les impondrían por asesinato. ¿No lo entiende? Serían sus cabezas, la suya y la del propio Lloget, quizá si se confesaran culpables... Entiéndalo. Prefieren la cárcel a la guillotina. Es elemental...

—Humm...

—Vamos, Dassin. Haga un esfuerzo... Son delincuentes. ¿Por qué no creerles capaces de cometer ambos delitos?

—Lo que usted quiere es librarse a sí mismo y le comprendo. Es más... Siempre me fue usted simpático, señor Larin. Era distinto de los demás..., más franco, más cordial. Parecía vivir, los otros parecen muertos, aborregados. Usted en cambio discutía y era el único capaz de plantarle cara al más pintado. Sí, siempre me han

gustado los hombres decididos como usted que no se dejan avasallar por los «galones» — hizo una pausa para continuar—: Sin embargo, yo no puedo ayudarle en esto... La verdad es que tendría que acusar a otro y aunque no sienta demasiadas simpatías por Lloget...—dio a entender que era incapaz de acusar sin estar seguro.

—Pero ¿y Anastas? — insistió Stephan.

—No, no. No estoy seguro. Además, les habrían encontrado el dinero... y que se sepa, aún no ha aparecido, ¿verdad?

—No. No ha aparecido — y tras un silencio añadió —: Dassin, usted estaba allí. Explíqueme exactamente lo que ocurrió.

El ordenanza se encogió de hombros y repitió lo mismo que ya había dicho en su momento a la policía cuando en principio le confundieron con el ladrón.

Tras la explicación Stephane murmuró;

—Tuvo que ser alguien del Banco. Si no directamente, hizo intervenir a un tercero...

—Bueno. Ya le he contado todo... Ahora tengo que rogarle, por favor...

—Comprendo. Ya me voy — murmuró Stephane.

—No quisiera que volvieran a molestarme los de la policía. Ya sabe. Yo creo en usted, pero...

—No voy a comprometerle, Dassin. Gracias por todo.

Stephane dejó la casa del ordenanza. Antes el ordenanza le preguntó:

—¿Se quedará en París?

—No lo sé.

—Si acaso recordara algo se lo comunicaría.

—Me hospedaré momentáneamente en un hotel de Pigalle, uno de esos sitios que si pagas por adelantado no pide documentos. Le llamaré cuando esté instalado.

* * *

Stephane desde una cabina telefónica se puso en contacto con Laura para comunicarle su regreso. Luego se reunió con ella y pasaron la tarde juntos siempre dentro del coche que conducía la muchacha.

Stephane no había dejado de observar la acentuada tristeza de la

muchacha.

Una tristeza que aunque justificada, todavía parecía más acentuada que semanas antes cuando parecía más lógico.

—¿En serio no te ocurre nada? — insistió el joven.

Ella tuvo que parar el coche. Lo dejó en el arcén y toda su presencia de ánimo se desmoronó:

—¡Dios mío!—exclamó, llevándose las manos al rostro.

—Pero ¡Cielos! ¿Qué es lo que te pasa?

—No quería decírtelo. Ni a ti ni a nadie, pero es algo que me ahoga... Lo descubrí ayer, ni siquiera mi madre lo sabe...

—¿Qué es eso tan terrible?

—Una carta. Una carta de mi padre... Desde su muerte nadie había entrado en su despacho. Mamá no se atrevió a tocar nada, como si quisiera conservarlo todo tal como él lo dejó. Sé que se sentó algunas veces en el sillón y pasó largas horas llorando, pero sin tocar un solo papel, mirándolo todo con devoción... Aún no se ha hecho a la idea de lo ocurrido, parece esperarle...

Tras una pausa añadió:

—A mí... A mí en parte me ocurre lo mismo, pero yo sí que toqué sus papeles, curioseé casi sin darme cuenta y encontré una carta...—La sacó de su bolso—. No... No me separo de ella. Presiento algo extraño...

—¿ Puedo verla? — preguntó Stephan.

Ella se la entregó tímidamente.

A medida que la iba leyendo el rostro de Stephane tomaba una expresión sumamente grave.

CAPITULO XVIII

En el sobre podía leerse:

« A mi esposa y a mi hija, en caso de mi muerte.»

Luego, en el interior, una nota escrita igualmente de puño y letra.

La nota era breve:

«Queridas Jaqueline y Larisse: Sois todo lo que tengo en el mundo. Por vosotras he luchado. Si leéis esto es porque sabréis lo ocurrido. No tendría valor para volveros a mirar frente a frente.

Perdonadme. Os lo ruego. Perdonadme.

Os adoré siempre.»

Y seguía la firma.

—¿Qué puede significar, Stephane? ¿Qué puede significar esto?

—No lo sé, Laura. Todavía no lo sé, pero...

—¡Dios mío! Tú estás pensando lo mismo que yo...

—Cálmate...

—Yo no puedo creerlo. Sin embargo, es como si..., como si mi padre estuviera dispuesto a cometer un acto deshonesto... Dice que si leemos la carta es porque ya sabremos «lo ocurrido», y lo de no tener valor para volvernos a mirar frente a frente sólo significa que pensaba... que pensaba quitarse la vida...

—No saques juicios prematuros.

—Stephan... No puedo aumentar el dolor de mi madre mostrándole esto... ¿Comprendes mi angustia?

—Deberás hacerlo, Laura. Ella tiene derecho a leer la carta.

—Puede que sí, puede que tengas razón, pero ahora... Sería un golpe demasiado fuerte. Primero papá, luego nuestro mejor amigo y ahora esta terrible sospecha...

—Larisse — murmuró con calma Stephane—, escucha... Tú piensas que tu padre pudo concebir la idea de quedarse con el dinero y que por motivos que desconocemos se quitó la vida...

—¡ Oh! — exclamó ella, cubriéndose el rostro con las manos.

—Larisse... Escucha. Suponiendo que esto fuera cierto, tu padre no se habría quitado la vida de no mediar una poderosa razón...

—Pero estaba decidido a cometer un acto deshonesto... Ahora lo comprendo... Quería rodearnos de lo mejor... Nuestra casa en el campo. Tú la viste. No carece de nada, la que tenemos en la ciudad, las pinturas que compraba porque sabía que a mi madre le encantaban... Los menores caprichos nuestros nos los satisfacía siempre... Yo creí siempre que podía costearlo, pero he descubierto otra cosa... Una libreta donde anotaba sus ingresos. Aun siendo muchos, no podían alcanzar para todo... ¡Dios mío! Es terrible descubrir una cosa así...

Stephane pensó en aquellas anomalías que no acababan de subsanarse en la contabilidad, diferencias que se arrastraban ya cuando él trabajaba en la entidad...

¿Acaso Marchal bajo su aspecto adusto y severo escondía también una doble personalidad? Sí. Puede que sí. La personalidad del hombre que no quiere dejar de ser digno, pero que tampoco renuncia a la clase de vida que es incapaz de sostener...

Trató de calmar a la muchacha:

—Sin embargo, la pistola no era suya — dijo Stephane.

—Papá tenía muchas armas.

—¿Muchas?

—Las trajo de la guerra. Estuvo en Indochina y trajo algunos trofeos y recuerdos. Guarda cosas de compañeros muertos que sus familias le dieron y sobre todo armas...

—Bueno. No pienses más en ello ahora. Cuando me haya instalado en el hotel volveré a hablar con Dassín. Él estaba allí... Si ayudó a tu padre tal vez pudo adivinar... ¡Dassín!

—¿Qué estás pensando?

—Nada. Vamos. Déjame en Pigalle, por favor.

Ella puso el coche en movimiento.

Una vez en Pigalle, y apenas Stephane había bajado del coche, observó los dos autos estacionados a los lados de la calle. Vacíos. Vio también a unos hombres. Había gente, pero algo le hizo fijarse precisamente en determinados «hombres».

Volvióse hacia los cuatro lados y sintió la imprecisa sensación de hallarse rodeado.

¡La policía!

¡En Pigalle!

Vio que una pareja de ellos avanzaban con decisión. Le miraban fijamente. A pesar de los postizos «sabían que era él».

—¡Jules Dassin! — exclamó Stephan para sí.

Sólo Jules Dassin sabía hacia dónde iba a dirigirse. El se lo había comunicado unas horas antes...

—¡Perro traidor!—maldijo en la misma fracción de segundo.

No esperó a que le detuvieran, buscó con la mirada el lugar más conveniente para iniciar la huida. Y lo encontró. Era una de esas casas con un largo corredor que tienen salida a otra calle.

Apretó el paso y se introdujo en el portal. Ahí comenzó la carrera. Los policías aceptaron el envite. Uno de ellos gritó:

—¡Rodead el edificio!

Stephane, sin embargo, pudo llegar al otro lado antes de ser alcanzado.

Una motocicleta acababa de detenerse. Su conductor la dejó frente a un bar. Stephane, sin dudarlo, se apoderó de ella. En aquellos momentos necesitaba hacer algo. Y hacerlo de forma urgente.

Aceleró. Se metió por direcciones prohibidas y consiguió desprenderse por completo de la policía. Su rapidez de acción le había dado la momentánea victoria.

No se detuvo hasta llegar delante de la casa de Dassin.

Instantes más tarde llamaba a la puerta. Cuando Dassin abrió, se metió en la casa como un alud.

—¿Qué significa...?

Dassin no pudo terminar la pregunta porque se vio levantado en vilo por Stephane, que le insultaba:

—Traidor... Me has denunciado... Dijiste que creías en mí y has esperado a que me fuera para dar mi descripción a la policía...

—Suélteme...

Stephane le soltó, dándole un impulso para hacerle caer al suelo.

—¿Sabes qué pienso? Que tú no eres ajeno a este robo... ¡No! Allí pasó algo... Algo que vas a contarme si no quieres que te parta las dos patas y algo más... ¡Vamos! ¡Empieza a hablar!

Le obligó a levantarse y comenzó a abofetearle.

—¡Vamos, Dassin! No tengo mucho tiempo... ¿Dónde está el dinero? Ahora ya sé que Marchal pensaba apoderarse de él... Pero no pudo hacerlo... De ser así seguiría en el Banco... Tú sabes algo que no has dicho a nadie.

Frenético le golpeó nuevamente. Lo hacía de forma sistemática, contundente.

Dassin no podía zafarse del acoso, pero seguía negándose a hablar.

Stephane lo levantó en vilo y se aproximó a la ventana.

—Me acosan como a un perro rabioso por tu culpa. No esperes que tenga compasión... Voy a echarte por la ventana.

—¡ No! — gritó Dassin.

—¡ Maldito seas! Si no me hubieses delatado aún creería en tu buena fe, pero ahora no... Ahora sé que no eres más que un vulgar rastro. Mientes con demasiada facilidad.

Con un tremendo esfuerzo lo levantó casi a la altura de su cabeza y añadió:

—Te mataré...

¡Suélteme, suélteme...! Le diré la verdad. Le diré...

Stephane lo dejó caer brutalmente. Dassin sintió crujir sus huesos y temió otra rotura.

Pero era peor el miedo a Stephane que estaba a medio palmo de sus narices.

—Si sabe de lo Marchal comprenderá mejor...—empezó entre jadeos.

—Habla de prisa y claro — cortó Stephane.

—Estaba cansado... Cansado de ser el último mono, de vivir de forma miserable, monótona, de no poder invitar a la clase de chicas que me gustaban... Había pensado tantas veces en aquel dinero... Mentalmente había entrado una y otra vez por el terrado... Lo había

planeado día tras día... Dejar la puerta abierta y volver por la tarde... Sabía que Marchal guardaba dinero en una caja auxiliar. Pequeñas cantidades... A veces hay hasta cinco mil francos... No es mucho. Eso me detenía. Iba a perderme por una miseria... Hasta que vi la oportunidad la tarde de aquel sábado. Marchal me pidió que fuera... Ahora comprendo por qué lo hizo. El también necesitaba una coartada. Necesitaba que yo dijera que había estado con él...

Tragó saliva y continuó:

—Aquella mañana dejé la puerta del terrado abierta.

Lo preparé todo. Por la tarde llamé al Banco. Marchal ya estaba. Le dije que lo sentía, pero que no podría ir porque tenía que ir a ver a un familiar que se había puesto repentinamente enfermo... Esa sería mi coartada, pero en realidad todo lo tenía dispuesto para dar el gran golpe de mi vida. Marchal iba a abrir la caja para hacer arqueo general. Y Yo... Bueno, yo llegué allí por el terrado, provisto de una careta de goma... Y había conseguido una pistola. Entré de acuerdo con mi plan. Todo fue fácil.

Hizo una pausa para proseguir:

—Pensaba amenazar a Marchal, golpearle incluso para que me diese tiempo a huir, pero entonces me llevé la gran sorpresa... Marchal no estaba en el despacho. La caja fuerte estaba abierta. Vacía. No acerté a comprender lo ocurrido. No sabía qué pensar, cuando creí oír un ruido lejano, apagado... Supe en seguida que aquel ruido sólo podía venir de un sitio. El sótano. Tengo que bajar muchas veces, sobre todo en invierno para la calefacción... Allí estaba él.

—¿Marchal?

—Sí.

—¿Qué hacía?

—¡Esconder el dinero en el horno! Tal como lo oye, Larin... El dinero. ¡Todo el dinero! Iba en una gran cartera. La cerró delante de mis ojos... No podía haber mejor escondite, sobre todo en verano, que no se abre para nada... Lo introdujo en la chimenea.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me escondí entre las columnas y los chismes que se guardan allí, y cuando Marchal volvió arriba yo abrí el horno. Tuve que andar hasta la chimenea y entonces, introducida en el tubo, vi

la cartera y el dinero.

—¿Y qué hiciste?

—Me quité la careta. Me molestaba y esperé pensando en que todo iba mejor de lo que pensaba, pero Marcha! volvió a bajar y entonces me descubrió y echó escaleras arriba. Yo me asusté y le seguí. En aquellos momentos no sabía que hacer. El se metió en su despacho y buscó en un cajón. Sacó una pistola y se volvió hacia mí... Las piernas me temblaban... Se lo juro. Me acordé de que llevaba la pistola y la saqué. Se encasquilló, ¡Juro que se encasquilló! El seguía con el arma en la mano, me miraba impasible, sereno... Corrí hacia él y me abalancé contra su cuerpo... No quería morir. ¿Comprende?

—¿Y tú no comprendiste que él tampoco quería matarte? Tal como lo cuentas habría tenido tiempo sobrado.

—¿Eh? No comprendo...

—No importa, imbécil. Sigue...

—No hay mucho más... Luchamos unos segundos. En seguida sonaron los disparos. Yo no sabía lo que había ocurrido hasta que... le vi caer.

Dassin concluyó explicando cómo, asustado, había vuelto al sótano con la idea de esconderse. Luego lo pensó mejor y sin dudar lo escondió la máscara y su revólver en el horno y subió nuevamente arriba. En el despacho nuevamente vio la pistola de Marchal. Pensó que en el forcejeo pudo haber dejado sus huellas allí y la tomó. No había tocado nada más y decidió huir... En toda la operación apenas si empleó cuatro minutos. Iba como loco y jadeaba sólo al recordarlo todo.

Antes de salir rompió un cristal y utilizó un cuchillo como palanqueta para fingir que la puerta había sido abierta con violencia desde el exterior. Mientras lo hacía vio al gendarme Georges Apelaire echó a correr, con la mala fortuna de caer entre los dos terrados. Arrojó tan lejos como pudo el arma y el cuchillo, que aún no había logrado encontrarse.

Esto era todo.

—Por favor, Stephane... Nadie sabe la verdad. Le daré la mitad del dinero si quiere. A Marchal ya no podrán devolverle la vida... Lo que ocurrió fue un accidente.

—Lo siento, Dassin. Yo no me presto a ello...

—He sido sincero con usted. Esta vez sin trucos...

—Lo has sido por miedo, Dassin... Por miedo porque creíste que sería capaz de matarte... O acaso porque tu conciencia te está remordiendo... Anda, vamos a ver al inspector Lebonnet.

—¡No! No iré... ¡No iré!

No. No era necesario que fuera. Lebonnet está allí. Al otro lado de la puerta y con el varios agentes. .

EPILOGO

No. La policía no era precisamente a Stephane a quien buscaba sino a Jules Dassin.

La explicación que en su propio despacho dio Lebonnet a Stephane lo explicaba bien claramente.

—Lo del hombre del pelo ensortijado fue una invención de Dassin para despistarnos, pero para mí, el sospechoso número uno fue siempre Dassin. Sin embargo, no existía ninguna prueba concreta contra él... Cuando en Niza se encontró aquel dinero que le pertenecía, el asunto tornó un nuevo giro cuya flecha le señalaba a usted, pero fue por poco tiempo... ¡Ah! Con respecto a ese dinero, sabemos su procedencia.

—¡Vaya! ¡Qué listos!

—No, profesionales en lo nuestro, simplemente. A propósito, el propietario de este dinero, un tal Rolf Wanhel le busca desde ayer. Tuvimos que darle una excusa... Venía a denunciarle...

—¡ Oh! — exclamó sonriente Stephane.

—No negaré que la casualidad nos ha ayudado mucho. Ese alemán... Por cierto, tenía un lío, pero afortunadamente para él consiguió aclararlo todo. Bueno, y nada más...

—Sí, inspector, hay algo más... Si volvían a sospechar de Dassin, ¿por qué me seguían a mí?

—Ya que usted se empeñó en trabajar como aficionado, decidimos utilizarle de cebo. Y lo importante para nosotros no era Dassin en sí, sino saber dónde había escondido el dinero. Y ya lo sabemos... desde hace dos días, pero necesitábamos que el propio culpable fuera por él. Ya ha confesado que pensaba sacarlo poco a

poco... Lo que no sabíamos era lo otro, lo de Marchal...

—Sí. Esto es lo malo. Será un nuevo golpe para su esposa. Si hubiera alguna forma de evitarlo...

—No creo que se pueda. Tendrá que salir durante el juicio... Es una lástima, sí, porque ahora el lodo no caerá sobre Marchal, sino sobre su familia...

—Ojalá pudiera llevármelos lejos...

En aquellos momentos un inesperado revuelo se originó en otra dependencia. Se oyeron varios gritos. El inspector salió para ver qué era lo que ocurría y alguien advirtió:

—¡Se escapa! Es Dassin. ¡ Se escapa!

Aquella escena final se producía en el cuartelillo contiguo al Banco, donde momentos antes se habían reconstruido los hechos. Dassin logró ganar la calle. Trató de cruzar la plazoleta.

Un camión llegaba a gran velocidad. Su conductor confiado en el escaso tránsito del fin de semana no pensaba en encontrar ningún obstáculo; y para el vehículo, Dassin no fue ciertamente ningún obstáculo. Fue a parar directamente bajo las ruedas y allí quedó. Muerto.

Cuando se confirmó que el ordenanza había muerto, el inspector Lebonnet dijo:

—Bueno. Ahora ya no habrá juicio. El caso ha terminado.

—Entonces... los Marchal...

—Arréglole como usted mejor desee.

—Nunca se sabe si es peor la duda o la certeza—murmuró Stephane.

—Yo pretinero siempre la certeza, pero este asunto ya no es mío y comprendo su punto de vista en relación a la señora Marchal y a su hija.. Adiós. ¡Ah! Y no se olvide de ver al alemán. Y en adelante, créame, búsquese un trabajo que le proporcione buenos ingresos, de los que se pueden justificar.

—Adiós, inspector.

Stephane caminó lentamente hacia su coche que por fin podía utilizar sin esconderse.

Eran poco más de las seis de la tarde. Sábado igual que la otra vez. El gendarme profesional Georges Apelaire y su compañero cruzaban en dirección a la gendarmería. Mirando al cielo comentó:

—Hummm. Pronto empezarán los primeros fríos. Ahora ya no

hay otoño como antes... ¡ Cómo pasa el tiempo!

—¿Quieres que tomemos un café? — le preguntó su compañero.

Mientras, Stephane hacía rodar el coche rumbo al domicilio de los Marchal.

No. En principio no diría nada de la declaración de Dassin...
¿Para qué? Tal como había dicho Lebonnet, el caso había concluido.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

Impreso en España